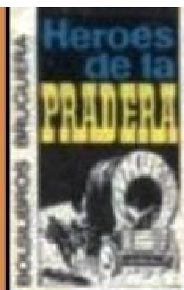
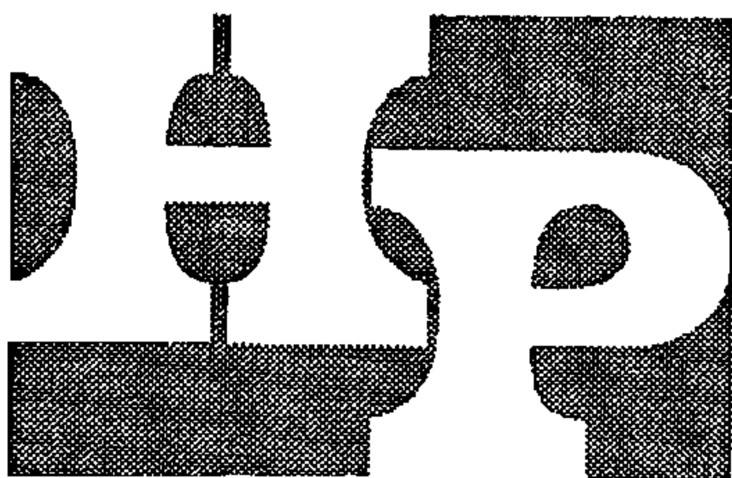


Silver Kane

¡CUIDADO, PHILBY!





Héroes de la PRADERA



Silver Kane

¡CUIDADO, PHILBY!

Colección
HÉROES DE LA PRADERA Nº 363
Publicación semanal
Aparece los JUEVES

EDITORIAL BRUGUERA, S.A.
BARCELONA-BOGOTA-BUENOS AIRES-CARACAS-MEXICO

ISBN 84-02-02524-2

Depósito legal: B 40169-1976

Impreso en España - Printed in Spain

2.a edición: diciembre, 1976

Concedidos derechos exclusivos a favor
de EDITORIAL, BRUGUERA, S.A.
Mora la Nueva, 2. Baecelona (España)

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S. A.
Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1970

CAPÍTULO PRIMERO

La voz sonó ronca, rompiendo la quietud de la mañana:

—¡Cuidado, Philby!

Philby se volvió con la rapidez del rayo.

El hombre que estaba tras él había sacado ya su revólver y se disponía a hacer fuego. Era un vil asesinato por la espalda, pero eso no tiene demasiada importancia cuando la víctima ha caído ya. Los muertos no protestan nunca…

Tampoco la ley protestaba en aquel año de gracia de 1880, en Santa Fe, aunque a uno le mataran por la espalda diez veces. El *sheriff* siempre se limitaba a encogerse de hombros y archivar el asunto, diciendo que se trataba de «un ajuste de cuentas».

Por eso Philby comprendió, en fracciones de segundo, que tenía que defender su vida a cara o cruz.

A pesar de que su enemigo ya tenía el revólver en la mano, él fue más rápido. Verdaderamente, se contorsionó como un reptil. Tiró por debajo del brazo, con una puntería increíble, alcanzando al otro en mitad de la frente.

El fracasado asesino se dobló hacia atrás.

Todo su cuerpo se arqueó, como si fuera a saltar, y de repente se hundió, mientras sus dientes producían un último chasquido.

Philby acarició un momento el revólver, con la mirada todavía nublada.

Pocas veces, en su aventurera vida, había sentido tan cerca el sabor de la muerte.

Se volvió y miró con una leve sonrisa a la chica que le había avisado.

Él la conocía, pero no recordaba bien su nombre. Ah, sí… Se llamaba Susan. La había invitado la noche anterior en el saloon,

pero lo que entonces no llegó a imaginar, de ningún modo, era que ella le salvaría la vida, con dos palabras a tiempo.

Se acercó al cadáver.

El balazo recibido por éste era mortal de necesidad. No había tenido tiempo ni para darse cuenta de que aquello era el fin.

Otras personas se habían acercado también. Una de ellas, llegada a toda prisa, era el ayudante del *sheriff*.

—Lo he visto todo desde la esquina —dijo—. No se preocupe por las consecuencias; es un caso muy claro de defensa propia.

—Y que lo diga… Este tipo quería dejarme seco.

—¿Lo conoce?

—Creo que sí. Me parece que se llamaba Eouss. Lo tuve que meter en la cárcel hará unos cuantos años. Creo que le condenaron a diez, pero, por lo visto, ha salido demasiado pronto…

—La muerte es la única solución para algunos tipos —dijo pensativamente el ayudante del *sheriff*—. Y ahora que lo recuerdo… Usted es el famoso Philby.

—Sí.

—Es un federal…

—Lo era, amigo. Me retiré. Ya estaba harto de perseguir gente, por una miserable paga. Ahora hay que vivir…

Sonrió y dijo:

—Vivir bien, naturalmente.

Como confirmando sus palabras, se dirigió hacia la chica que, con una advertencia, le había salvado la vida.

Susan llevaba un vestido de lamé negro, muy ceñido a sus formas. Era una chica llenita y sana. Y aunque Philby no era un vaquero, tenía los mismos gustos en muchas cosas.

Ella susurró:

—Hola…

—Creo que lo menos que puedo hacer es pagarte una copa —dijo Philby—. Me has salvado la vida…

—¿La tenías en mucho aprecio?

—No me queda otra de recambio.

—Entonces, acepto esa copa. ¿Adónde quieres que vayamos?

—Tú mandas.

—Entonces, ahí enfrente mismo.

Pasaron al interior de un saloon, donde había poco público a

aquella hora. Y menos aún a causa del disparo, porque bastantes clientes se habían desentendido de sus bebidas para salir a ver al muerto.

Ella se sentó y cruzó las piernas con desenvoltura.

—¿Recuerdas mi nombre? —preguntó.

—Sí. Tú te llamas Susan.

—Vaya, menos mal… Anoche casi no despegabas los labios. Yo creí que no te acordarías más de mí.

—Anoche estaba muy cansado. Acababa de llegar de un largo viaje.

—No quisiste quedarte conmigo…

Philby sonrió.

—Puede que cambie de opinión ahora, Susan…

Y descorchó la botella de champaña que acababan de servirles.

Ella tendió la copa, mientras le sonreía hechiceramente.

—¿Me permites que cambie de sitio? Me gusta más el que ocupas tú.

—¿Por qué?

—Así no me ven desde la calle.

—¿Tienes algún amigo al cual le disgusta que alternes con otros hombres?

Ella no dijo ni que sí, ni que no. Se limitó a sonreír, mientras ambos se ponían en pie para cambiar de sitio.

—Las mujeres resultáis la mar de complicadas —dijo Philby—. Pero ¡qué bonitas sois, demonio!

Sirvió champaña en las copas y alzó la suya.

—A la salud del muerto, Susan.

—A la salud del muerto.

Philby fue a beber, pero en aquel momento todo su cuerpo sufrió un brutal estremecimiento.

Giró sobre su propio cuerpo con velocidad centelleante, quedando prácticamente bajo la mesa.

La copa saltó hacia el aire.

Una bala la partió instantáneamente, reduciéndola a mil pedazos. El champaña, en forma de gotitas, pareció disolverse en el aire. Una segunda bala acabó con la botella.

Susan estaba espantosamente quieta.

Philby lanzó la mesa por los aires y eso le sirvió de parapeto

contra la tercera bala, que de otro modo le hubiera atravesado limpiamente el cuerpo.

Tiró a su vez.

Falló la primera, pero no la segunda. Su enemigo, creyendo cazarle por la espalda, estaba descubierto y en una posición muy vulnerable. Recibió el balazo en el pecho y se encogió con gesto de dolor, mientras lanzaba un grito.

Philby comprendió que ya no necesitaba más. La bala había sido de las que no perdonan.

Con el revólver todavía humeante, se volvió poco a poco hacia Susan.

Ésta aún tenía cruzadas las piernas, pero parecía como si todo el cuerpo se le hubiera quedado rígido.

Estaba espantosamente pálida.

Sus labios exangües apenas se atrevieron a balbucir:

—No…, no me mates.

Philby acercó lentamente el revólver a su cabeza.

—Te habían pagado para que me metieras en una trampa, ¿eh?… Por eso hemos cambiado de sitio…

Ella tragó saliva. Su cuello sufrió un espasmo.

—Me… daban… mil dólares…

—¿Quién?

—Ese hombre…

Apenas tuvo fuerzas para señalar al muerto. Philby no se volvió, limitándose a dirigirle una mirada de soslayo. ¡Cualquiera se fiaba de una dulce mujercita como aquélla!

—Si deseabas que me mataran, ¿por qué me has salvado la primera vez?

—Aquello no…, no estaba previsto… No sabíamos que aquel tipo… iba a atacarte… Ha sido algo impulsivo y… y no he podido evitarlo. Sabía que ibas a morir poco después, pero en cuanto a aquel primer tipo… me salió del alma el avisarte.

Philby alzó el revólver un poco más.

La muchacha sintió la muerte en sus entrañas, en su boca.

Cerró el dedo sobre el gatillo.

—Tienes derecho a hacerlo, pe…, pero no me mates… por favor…

El dedo de Philby se fue abriendo poco a poco.

Terminó bajando el revólver, mientras en sus labios se dibujaba una sonrisa cuadrada.

—Lástima que la botella haya volado —dijo—. Pide otra, y te la bebes, no a la salud de un muerto, sino a la salud de dos… Creo que te está haciendo falta…

Lanzó una moneda de cinco dólares sobre la falda de la muchacha, y salió.

En la puerta se había formado un remolino de gente.

—Ha sido un disparo increíble…

—Y fijaos en el muerto… Es Flosy.

—Todo un personaje, contra el que nadie se ha atrevido a disparar hasta ahora. Esto traerá más sangre…

Philby no hizo el menor caso de aquellos comentarios.

Pasó entre todos los que estaban allí, sin que nadie se atreviera a molestarle, y unos instantes después se encontraba en la calle, parpadeando ante el intenso sol.

Todo el mundo le miraba como si fuese un aparecido, y él mismo no acababa de creer que siguiese con vida.

Consultó su reloj, y vio que se estaba haciendo tarde.

No había venido a Santa Fe a perder el tiempo ni a ver chicas, sino con un propósito muy concreto: tenía un negocio entre manos.

Vio que el cadáver de Rouss ya había sido retirado. La calle parecía en calma.

Siguió por ésta, y unas ochenta yardas más allá, en el mejor sitio de la ciudad, vio aquel edificio, ya bastante destartalado, en cuya puerta un gran letrero pintado sobre tela anunciaba:

VIEJO SALOON DE GUNTER

Hoy, Gran Subasta

Penetró en el interior.

Un hombre vestido con levita negra, que debía ser el juez, ocupaba un sitio destacado tras una mesa cubierta con un paño rojo. En su mano derecha sostenía una pequeña maza. Junto a él, un tipo con unas hojas de papel parecía ser el secretario.

Había bastantes personas en el local, pero la mayor parte de ellas tenían pinta de curiosos que no iban a comprar nada. Philby

paseó una mirada en torno.

No podía decirse que tuviera un aspecto próspero. Era lujoso, pero demasiado viejo, y durante muchos años no debía haber sido restaurado en lo más mínimo. Lo mejor que había en él era la barra de caoba, que aún podía servir mucho tiempo, y desde luego la situación, pues el saloon ocupaba la posición más estratégica, comercialmente hablando, de Santa Fe. Era la esquina por donde pasaba todo el mundo.

Lo demás, era pura ruina. Las tablas del suelo se hundían. El techo estaba agrietado en algunos puntos. Las lámparas que colgaban del techo parecía como si fueran a caer de un momento a otro sobre las cabezas de los concurrentes.

El juez comenzó en aquel momento:

—Señores, vamos a iniciar la subasta legal de este saloon a causa de que la propietaria no ha podido pagar las deudas que pesaban sobre ella. Como todos ustedes saben, el que adquiera el local será completo propietario, no sólo del solar y el edificio, sino de todas las instalaciones y de los permisos necesarios para continuar el negocio. Se trata, pues, de una ocasión ideal para el que quiera llegar a poseer un magnífico saloon en esta floreciente ciudad de Santa Fe.

Al decir «magnífico saloon», dirigió una mirada aprensiva a las instalaciones, que se caían de viejas. Incluso a la mesa ante la que se hallaba sentado le fallaba una pata.

Al añadir «floreciente ciudad de Santa Fe», miró a través de los cristales la calle cubierta de polvo, por donde en aquellos momentos no pasaba más que un caballo escuálido.

Pero todos sabían que por la noche el ambiente cambiaba, y que allí se bebía en grande.

El juez continuó:

—Como saben, también, la subasta es libre, o sea que se puede ofrecer lo que se quiera. Ahora bien, hay un tipo mínimo, que se ha fijado en tres mil dólares.

Ése es el importe de las deudas de la dueña, más los gastos de la presente subasta. Espero que doblarán enseguida el precio inicial. Sólo el solar vale más…

Y dio un martillazo.

—Queda abierta la subasta.

Philby pensó que enseguida la cosa iba a subir y a ponerse por las nubes. En ese caso habría fracasado, porque él sólo tenía cinco mil dólares. Y a las primeras de cambio quizá hubiera alguien que ofreciese ya seis.

Uno de los concursantes abrió la boca.

«Más vale que me retire… —pensó Philby—. He sido un idiota al venir aquí, con tan poco dinero en el bolsillo…».

Pero quedó paralizado al oír que el otro decía:

—Tres mil cien dólares.

El juez también quedó atónito.

—¿Queeeeeé?…

—He dicho tres mil cien dólares.

—Pe… pero, amigo… ¡eso es ridículo! Usted sabe perfectamente lo que vale una barra de caoba como ésta… En fin, en plan de broma puede pasar. Estoy seguro de que otras personas rectificarán inmediatamente esa tontería. ¡Pujen, señores, pujen! ¡Estoy esperando oír sus magníficas ofertas!

Alguien más dijo:

—Tres mil doscientos.

—¿Cómo?…

—Tres mil doscientos, señor juez.

El aludido paseó por la sala una mirada de asombro.

—Pero, amigos míos. ¡Ustedes están borrachos! ¿A quién se le ocurre una oferta tan ridícula?

—Tres mil trescientos —dijo un tercero.

Philby estaba boquiabierto.

La verdad era que había pensado no tener el menor éxito y, de repente, se daba cuenta de que aquel saloon podía ser suyo.

Era inexplicable que ofrecieran tan poco, pero por eso mismo le convenía aprovechar la ocasión.

Dijo:

—Cuatro mil…

E inmediatamente pensó que iban a reírse de él.

Que los otros ya se animarían y que enseguida, empezarían a ofrecer cinco, seis y siete.

Pero, ante su asombro, después de aquellas palabras se produjo un silencio glacial.

Nadie dijo una palabra.

El juez balbució:

—Cuatro… Esto está mal, pero que muy mal… Aprovechen la ocasión, señores. Suban esa cifra ridícula.

Nadie dijo una palabra.

El juez estaba pálido, y en cuanto a Philby, apenas podía creerlo.

—Cuatro mil a la una…

Silencio.

—Cuatro mil a las dos…

Hubiera podido oírse el vuelo de una mosca. Philby pensó que a última hora, los otros pujarían. Era natural, puesto que se trataba de una ocasión magnífica.

«En cuanto suban, yo llegaré hasta los cuatro mil doscientos cincuenta y luego me retiraré —pensó Philby—. Habrá sido como un hermoso sueño, después de todo…».

Pero nadie abrió la boca.

Al fin el juez balbució con voz dolorida, como si le arrancaran una muela.

—Todo esto es inexplicable, señores, pero en fin, yo no puedo hacer nada… ¡Cuatro mil dólares a las tres! El local y todas sus pertenencias son suyas, caballero.

Y dio un golpe de maza sobre la mesa.

Ésta no pudo resistirlo.

La pata que ya crujía peligrosamente desde minutos atrás, se quebró, y la mesa entera se vino al suelo.

El juez por poco queda sentado en tierra.

Con voz doliente… balbució:

—Todo es suyo, ya lo he dicho… ¡La mesa también!

Y salió de allí, de estampida.

Philby no podía creerlo.

Él, que nunca había poseído nada, era dueño de todo aquello. Cierto que se trataba de un local destartalado, cierto que había que gastar mucho en reformas, pero… ¡era suyo! ¡Y sólo le había costado cuatro mil dólares!

Los otros concursantes se habían ido retirando, después de examinarle con curiosidad. Al cabo de unos minutos, sólo quedaba ante él el secretario, quien le dijo con voz suave:

—Le felicito, amigo. Ha hecho usted una magnífica compra.

—Sí, eso espero.

—Supongo que tiene usted los cuatro mil dólares ahora.

—Depositados en el Banco.

—Está bien. El local ya es legalmente suyo, apenas pague. Yo prepararé la escritura correspondiente; mejor dicho, ya la tengo preparada, y sólo hace falta poner su nombre. ¿Cómo se llama?

—John Philby.

—De acuerdo.

Lo apuntó un par de veces en una hoja de papel debidamente sellada, y luego la tendió a Philby.

—¿Me firma un cheque?

—Desde luego.

El joven lo firmó: Cuatro mil dólares exactos.

—Correcto. Ahora sólo falta que se lo firme todo, la antigua dueña. Es un simple trámite.

—¿Dónde puedo encontrarla?

—En el antiguo despacho. Es ahí arriba.

Le señalaba unas escaleras crujientes que terminaban en una baranda circular, la cual daba vuelta al saloon. Allí debían estar las mesas más distinguidas y algunos reservados.

—De acuerdo; gracias.

—Suerte, amigo.

Philby tomó la escritura y subió por las escaleras, procurando no hundirlas. No estaba grueso, ni mucho menos, pero era muy alto y muy fuerte. Pensó que si hundía aquello no iba a tener dinero para pagar la reparación.

Pero no sucedió nada.

Llegó al piso superior y se dirigió a una habitación que había al fondo, y a través de cuya puerta entreabierta se filtraba un débil rayo de luz.

Fue en aquel momento cuando un sexto sentido le advirtió. Cuando una voz en su interior pareció gritar:

—«¡Cuidado, Philby!».

Se dejó caer violentamente a tierra.

La hoja de acero, que ya estaba en camino, pasó exactamente por el sitio donde antes había estado su cuerpo. El puñal se clavó, tremolante, en una de las paredes.

Philby se revolvió en el suelo.

Vio que su enemigo, fallado el golpe, saltaba hacia él desde las

sombras. Era un individuo largo, sinuoso, y que llevaba otro cuchillo en la derecha. Por lo visto, las armas blancas eran su especialidad.

Philby tuvo el tiempo justo para alzar las piernas, recibir aquel cuerpo en sus botas y hacerlo volar hacia adelante, aprovechando su impulso.

Luego giró velozmente.

El individuo acababa de caer frente a él, a unas cinco yardas. Estaba en tierra, y en mala posición para lanzar el cuchillo.

Quizá por eso decidió cambiar de táctica. Extrajo su revólver con un movimiento rapidísimo, antes de que Philby pudiera preverlo.

El joven sintió el frío de la muerte. Pero aún era lo bastante rápido para dominar una situación como aquélla.

Apoyándose en el codo izquierdo, «sacó» con la derecha y tiró instantáneamente.

Su enemigo quedó muy quieto en el suelo. Espantosamente quieto.

Una bala le acababa de perforar la frente.

Philby le miró, asombrado, sin comprender aún, en tanto un sudor frío inundaba sus facciones.

¡Infiernos! ¡Por lo visto, se habían propuesto dejar el saloon otra vez sin dueño!

Vio en aquel momento una pierna larga, esbelta, tentadora.

Una pierna envuelta en una subyugante media negra.

La dueña de aquella maravilla se había alzado la falda para pasar sobre el cadáver.

Philby sintió que el sudor se le secaba instantáneamente.

—¿Hace siempre esto? —murmuró.

—Siempre que hay un muerto, sí. No me gusta demasiado mancharme la falda con la sangre.

—Me parece un detalle de buen gusto, pero ¿quién es usted?

Ella musitó:

—¿Ve este saloon que se está cayendo de viejo? Pues yo era, hasta hace poco, la dueña de esta maravilla…

CAPÍTULO II

Philby se puso en pie. Le ocurría con frecuencia eso: superado un peligro, ya no se acordaba de lo que acababa de pasar. Era como si el muerto ya no existiera.

—Celebro conocerla —dijo.

—Ahora me toca preguntar a mí. ¿Quién es usted?

—Me llamo Philby.

—¿Ya qué ha venido?

—Soy el nuevo dueño. Pagué más que los otros en la subasta.

—Vaya, debí imaginarlo… Entre.

Y pasando otra vez sobre el muerto, con la mayor indiferencia, penetró en la habitación en la que el joven se había fijado antes.

Una vez allí, se sentó en un diván, sin preocuparse demasiado de la posición de su falda.

—Me llamo Lorena Kruger —dijo—. Y no puedo asegurar que esté encantada de conocerle, señor Philby.

—Ya me hago cargo de que todo esto debe ser muy penoso para usted.

—Lo es, pero ¿qué le vamos a hacer? De no ser el comprador usted, hubiese sido otro. Yo estaba devorada por las deudas, ya que un negocio de esta clase necesita la mano de un hombre.

—¿No había ninguno aquí?

—No, ninguno. Yo estaba sola desde que murió mi marido, el fundador de esto, a quien todo el mundo conocía. Se llamaba Kruger.

—Sí, ya he visto el nombre.

Parpadeó y añadiendo:

—Ejem… Y… ¿Y hace mucho tiempo que es viuda, señora?

—Dos años.

—Vaya, lo siento.

—Gracias.

—No, no… Si no lo sentía por usted. Yo lo siento por el muerto.

—¿Qué clase de hombre es usted, señor Philby?

Ella le miraba fijamente, con lo cual no hacía sino corresponder a la penetrante mirada del joven.

Una mirada que paseaba por encima de sus poderosas curvas. Por encima de su rostro fino y sano, sin retocar. Por su piel suave y sus labios pulposos, que debía ser una delicia besar.

—¿Qué clase de hombre es usted, señor Philby? —repitió ella.

—Muchos dirían que un aventurero.

—¿Por eso han intentado matarle?

—Pues verá… Están intentando matarme desde que he llegado a la ciudad, y lo peor es que no conozco la razón. No tenía enemigos aquí, excepto un individuo llamado Rouss, a quien hace años metí en la cárcel, y que ha debido encontrarme por casualidad. En cuanto a los otros, la verdad es que no me lo explico. ¿Sabe quién era ese tipo? Me refiero al que está ahí fuera esperando.

—No, no le había visto nunca. Pero eso no es extraño, porque continuamente llegan pistoleros a Santa Fe. Y es muy fácil penetrar en este saloon, ninguna de cuyas puertas cierra bien.

—Pues sí que voy a tener sustos…

Ella cruzó y descruzó las piernas.

—¿Dice que metió a un hombre en la cárcel? ¿Acaso es usted *sheriff* de algún sitio?

—Oh, no… Simplemente trabajaba para el Gobierno en una actividad muy especial y muy peligrosa. Era lo que se llama un agente federal, ¿sabe? Pero la vida de uno de esos hombres consiste en ir continuamente de un sitio a otro, matando y exponiéndose a morir a cambio de una paga muy floja. Al final me cansé, y decidí cambiar de vida. Por casualidad, leí en un periódico el anuncio de esta subasta, hecho por el juez de Santa Fe, como creo que ordena la ley. Y entonces vine para aquí.

—¿Puedo saber cuánto ha pagado, señor Philby?

—Cuatro mil.

Ella encajó bien la sorpresa. Se limitó a entrecerrar los ojos.

—Es regalado…

—Reconozco que ha sido una buena oportunidad. Incluso no me

explico cómo han podido marchar las cosas tan bien.

—¿Qué piensa hacer ahora?

—Continuar el negocio. Hace muchos años mi padre tenía un saloon, ¿sabe? Yo crecí en ese ambiente. Las cosas no marchaban mal, pero eso sí, el Oeste era entonces aún más violento que ahora, lo que ya es decir. Una noche lo mató un pistolero. Fue entonces cuando yo pensé hacerme agente federal, para que no pudiese haber pistoleros que mataran por la espalda, como aquel miserable… Pero ¿qué quiere que le diga? De todo se cansa uno, hasta de hacer justicia. De modo que presenté la dimisión, colgué la credencial y pensé poner yo también un saloon.

—¿Va a quedarse aquí siempre?

—No es fácil —reconoció Philby—. Yo soy, ante todo, un aventurero, de modo que quizá me cansaré, cuando transcurran unos años. Pero si el saloon está acreditado para entonces, podré venderlo a buen precio. Y entonces tal vez compre un rancho bien metido en lo más salvaje del Oeste. ¡Quién sabe!…

Ella le seguía mirando con los ojos entornados.

«Debe tener unos veintiséis años —pensó Philby—. No es una niña… ¡Pero está para matarla!»…

—Necesitará gastar mucho dinero para poner esto en marcha, señor Philby.

—Ya lo he visto, y lo peor es que no lo tengo. Toda mi fortuna asciende a cinco mil dólares, que gané siendo el campeón en una carrera y en un concurso de tiro, durante las ferias de Abilene. De esos cinco mil he gastado cuatro, de modo que me queda una pequeña cantidad para las primeras instalaciones.

—Es muy poco.

—Ya lo sé. Pero, quizá el Banco de la localidad me preste un par de miles más, viendo que tengo todo esto para responder.

—Es posible.

Tendió delicadamente una mano, y preguntó:

—Querrá que le firme la escritura, claro.

—Para eso he venido, aparte de… bueno, aparte el placer de conocerla, desde luego.

Ella no hizo ningún comentario.

Tomó el documento, se levantó y con una pluma de ave que había sobre un escritorio, estampó su firma. Luego devolvió el papel

a Philby.

—Ya es usted el dueño.

Él se había puesto en pie también.

—Bueno… El hecho de que yo sea el dueño no cambia mucho las cosas… En fin, quiero decir que si usted vive aquí, puede seguir…

—… ¿Ocupando mis habitaciones?

—Sí, eso quise decir.

—Gracias, pero tengo mi propia casa en la ciudad. Nunca viviría en un sitio tan destartalado como éste.

Y añadió en voz baja:

—¿Querrá visitarme?

—Pues… ¡pues claro!

En aquel momento, de nuevo la voz pareció susurrar en su interior:

«¡Cuidado, Philby! ¡Las mujeres no te convienen!».

Pero ella dijo, con un mohín:

—Pues si quiere visitarme, se queda con las ganas, amigo. Todos los hombres del mundo juntos me importan menos que un dólar falso.

Y salió majestuosamente del despacho, dejando tras ella un halo de deseos contenidos. Unos segundos después, había pasado de nuevo sobre el muerto, alzándose la falda.

Dicen que hay cosas que resucitan a un cadáver, y ésa era una de ellas, sin duda.

Pero este muerto tuvo mala pata. No resucitó.

Philby miró en torno suyo, sintiendo, por primera vez, que su alegría al ser dueño de aquello se iba diluyendo.

Ahora tenía que hacer frente a una serie de responsabilidades, y la primera de ellas, encontrar el dinero que le faltaba, lo cual no iba a ser fácil, seguramente. Además, ¿por qué diablo quería matarle tanta gente, en aquella ciudad?

Dio unos nerviosos pasos por el despacho.

Ahora se alegraba de haber dejado con vida a Susan. Se alegraba de haber dominado el impulso de vengarse de ella.

Susan le diría quién había organizado aquella trampa. Por qué razón querían acabar con él.

Iría a verla cuanto antes al saloon, donde la había conocido, la

noche anterior. Después de las diez, sería una buena hora.

Luego dio una vuelta de inspección por el saloon, que estaba ya completamente vacío. Se oían ruidos furtivos de ratas por todas partes. El trabajo que habría para poner aquello en condiciones, sería enorme.

En la planta baja vio un retrato. Representaba a un hombre de unos cincuenta y tantos años, gordo como un cerdo, calvo y con una barbita que le caía sobre la pechera de la camisa. Un asco de tío.

Una plaquita en el marco indicaba el nombre del afortunado poseedor de aquella cara: James Kruger.

¡El marido de Lorena! ¡El tipo del cual ella había enviudado, dos años atrás!

Philby chascó dos dedos.

¡Claro que ella no quería, actualmente, nada con los hombres! ¡Después de aquél, los habría aborrecido a todos! ¡Así, cualquiera!…

CAPÍTULO III

Las diez de la noche.

Philby guardó su reloj y miró por la ventana de la habitación de su hotel. Desde allí veía a muy poca distancia, casi enfrente, el saloon que ya era suyo. El gran cartel anunciando la subasta había sido retirado, y el aspecto en general era sombrío y siniestro. Pero él se encargaría de hacerlo volver a la vida.

Se dio cuenta de que, efectivamente, estaba en el mejor sitio de Santa Fe.

Todos los noctámbulos pasaban por allí. La esquina era, además, casi un punto obligado de reunión para la gente de la ciudad.

Pero ahora necesitaba trazarse un plan de acción.

A la mañana siguiente, con la escritura en la mano, iría a ver al dueño del Banco para solicitar un préstamo. Y esta noche visitaría a Susan, a fin de que le dijera todo lo que sabía.

No pensaba forzarla.

Pero suponía que Susan, después de todo, sería una chica razonable, y que no se le pondría demasiado difícil.

Comprobó la carga del revólver, lo encajó bien en la funda y salió a la calle.

Todo estaba muy animado, según había notado ya la noche anterior, al llegar a la ciudad. Había muchos forasteros en Santa Fe, y se tenía la sensación de que el dinero corría en abundancia.

Entró en el saloon donde había conocido a Susan.

Vio a la chica junto a la barra, nada más entrar. Llevaba otro vestido de lamé, ahora de color rojo, y más ceñido a sus formas. Estaba hablando con un hombre.

Philby se acercó a ella. No quería molestar, y se mantuvo a la expectativa, hasta que la muchacha terminara la conversación.

Pero fue el otro individuo el que se dirigió hacia él. Le miró con cierta animosidad:

—¿Usted es Philby?

—Ujú.

—Me han dicho que acaba de comprar el viejo saloon de Kruger.

—Y le han dicho la verdad.

—¿Piensa reabrirlo?

—Claro…

—Entonces, será un competidor mío.

—Me temo que sí, pero no creo que eso sea nada del otro mundo. La competencia es libre.

El otro encajó las mandíbulas.

—Ya debe haber adivinado que yo soy el dueño de este saloon. Tenga cuidado, Philby.

El joven sonrió.

—«¡Cuidado, Philby!»… Eso me lo decía mi padre muchas veces, antes de que lo mataran, y la gente también me lo dice muchas veces. Hay momentos en que hasta yo mismo me lo repito… ¿Y de qué he de tener cuidado esta vez, amigo?

—No juegue sucio.

—No pienso hacerlo, aunque tampoco consentiré, que empleen tretas conmigo.

—De acuerdo, ya está dicho todo —la voz del otro era áspera—. O quizá no. Quizá convenga que me diga a qué ha venido aquí.

—Deseo hablar con Susan.

—¿Es que quiere llevársela a su local?

—Todavía no puedo pensar en eso. Simplemente, quisiera hacerle unas preguntas.

—Está bien, hágaselas. Pero, cuidado.

—Sí, hombre, sí… Se preocupa usted por mí más que mi madre…

Y Philby se acercó a la muchacha, una vez que el individuo se hubo alejado.

Susan estaba algo pálida.

—¿A qué has venido, Philby?

—Quiero hablar contigo.

—¿No pretenderás…?

—No, no pretendo vengarme, muchacha. Aquello ya está

pasado. Sólo quiero hacerte unas preguntas.

—¿Sobre qué?

—Por ejemplo, sobre el hombre que te pagó para que me metieras en aquella trampa.

Ella miró en torno suyo, con un brillo de recelo en los ojos. Estaban solos en aquella parte de la barra, pero eso no disminuía la inquietud de Susan.

—Es peligroso —balbució.

—Lo sé. Pero te juro que, una vez conozca a ese tipo, ya no tendrá tiempo de hacerte daño.

—No debería decirte nada, pero comprendo que estoy en deuda contigo, Philby. Te he metido antes en una trampa mortal, y ni siquiera me has pegado una bofetada. Te diré lo que sé, pero no aquí.

—¿Entonces, dónde?

—En un reservado. Hay algunos arriba. ¿Puedes seguirme?

—Claro…

—Espera unos minutos para no llamar la atención.

—De acuerdo, muchacha.

Ella subió, balanceándose. Tenía unas caderas de mil demonios, pensó Philby. ¡Menuda mujer!… Pero él no había venido allí para admirar su belleza. Esta noche no.

Aguardó unos minutos, mientras bebía un *whisky* en la barra, y luego subió.

Susan no le había dicho a qué reservado iba. De todos modos, era de suponer que le avisaría de algún modo.

Llegó a un corredor con algunas puertas. Cada una de ellas tenía un signo del Zodíaco. Todas estaban cerradas menos una, que aparecía levemente entreabierta.

Philby entró allí.

El perfume usado por la muchacha, y que ya había aspirado varias veces, era penetrante e inconfundible. Aquel perfume se captaba ahora… Flotaba en el aire… Philby decidió investigar allí.

Lo primero que hizo fue abrir el armario, en el que hubiera podido ocultarse fácilmente una persona, pero no había nadie en él. Sólo una hilera de botellas vacías.

¿Dónde se habría metido Susan?

Miró entonces hacia el diván.

Y, de pronto, sus ojos se dilataron, mientras sentía que se le erizaban los cabellos.

Porque de debajo del diván partía lentamente, pero más ancho cada vez, un reguero de sangre.

No perdió ni un segundo en vacilaciones. Dio un paso hacia allí, y alzó el mueble.

Susan estaba allí.

La habían apuñalado salvajemente, colocándola debajo del diván para que no fuese hallada, de momento.

Philby ahogó una maldición, mientras sus puños se crispaban con furia. Por mil demonios rabiosos… ¿Dónde estarían los asesinos? Seguro que los malditos ya se encontraban muy lejos…

Pero se equivocaba. Estaban muy cerca.

Lo comprendió cuando aquella cosa metálica se clavó entre sus riñones fuertemente.

CAPÍTULO IV

—Quieto. Ni un gesto.

Philby contuvo la respiración.

Notó que una mano pasaba por su costado y le retiraba el revólver velozmente.

—Hacia la pared.

Él no volvió la cabeza. Sólo bisbiseó:

—¿Vais a matarme aquí, hijos de zorra?

—Tú obedece.

Fue hasta la pared y se detuvo, todavía sin volverse. Notaba que tenía más de un enemigo a su espalda, por el ritmo alterado de sus respiraciones.

—Vuélvete.

John lo hizo.

Vio dentro del reservado, junto a la puerta cerrada, a tres hombres vestidos como vaqueros. Los tres empuñaban revólveres y, en sus cintos, además, había cuchillos.

Con uno de aquellos cuchillos habían matado a Susan. O quizá con los tres…

Miró a los ojos de los tres hombres, mientras intentaba dominar su odio. Le convenía obrar con calma, si aspiraba a salir vivo de allí. Lo primero que observó fue que eran tres desconocidos.

—Creo que aquí hay un error —dijo.

—¿De veras?

—Yo no os conozco.

—Nosotros a ti, sí. Eres Philby.

—¿Y qué?

—Vas a acompañamos.

Philby no discutió. Dirigió una mirada lenta y amarga al cuerpo

de la muchacha.

—¿Quién ha sido? —balbució.

—Los tres.

—¿Y… por qué?

Philby encajó las mandíbulas suavemente, con una mueca que muy pocos hombres le habían visto. Y los que se la habían visto no lo contaban, porque estaban en el cementerio.

—Un ataúd para los tres quizá sería demasiado… —musitó.

—¿Qué tonterías estás diciendo?

—No es ninguna tontería… Estaríais muy prietos.

Uno de ellos rechinó los dientes. Se notaba a distancia que estaba poniéndose nervioso.

—Ven aquí.

—¿Es que estoy demasiado lejos? ¿Es que a esta distancia no tenéis puntería?

—No vamos a matarte, ahora. Nos acompañarás.

Por lo visto, iba en serio… No se trataba de ejecutarle allí, como habían hecho con Susan. La razón de que quisieran conservarle vivo no la barruntaba, pero debía ser, indudablemente, una buena razón. Y a él le convenía seguir la corriente.

De modo que se acercó hasta ellos y susurró:

—¿Y ahora?

—Saldrás al pasillo. Verás al fondo una puerta que da a la parte trasera del saloon.

—Bien.

—Sigue hasta ella. Desciende por las escaleras y encontrarás cuatro caballos. Uno es para ti. Pero no intentes la menor jugada porque estaremos a menos de un paso de distancia. Al menor gesto que no nos guste, te vas al infierno.

Philby no contestó.

Era evidente que no le interesaba huir, al menos hasta saber qué había detrás de todo aquello. De modo que abrió la puerta, salió y siguió por el pasillo, tal como le habían indicado.

Oía los pasos de los tres asesinos a su espalda. Jamás había sentido tantos deseos de matar a alguien.

Pero, por el momento, tenía que aguantarse. Bastante trabajo había con que no le mataran a él. Abrió la puerta.

—Abajo.

Las escaleras se extendían ante sus ojos. Fue descendiendo, sin intentar nada.

En el callejón que correspondía a la parte posterior del saloon, se encontraban cuatro caballos, como le habían dicho.

Los tres asesinos se pegaron a sus talones.

—Espera para montar a que nosotros lo hayamos hecho; el tuyo es ése, el color canela.

Philby no contestó. Fue obedeciendo meticulosamente todas las órdenes que se le daban, pero tenía los nervios en tensión, esperando una oportunidad que, por el momento, no llegaba.

—Adelante.

Salieron desde el callejón directamente a los campos. Un silencio atroz les envolvía, silencio sólo roto por el leve «tlac, tlac» de los cascos de los caballos.

A Philby le ocurría una cosa extraña.

No tenía deseos de huir, sino de matar. Quería eliminar, de una vez, a aquellos malditos perros.

Poco a poco, entre las sombras de la noche, fue perfilándose la silueta de una casa. Debía estar abandonada, porque se la veía en estado ruinoso. Sin embargo, dentro de ella brillaba una luz.

—Abajo.

Los otros tres se habían detenido ante la puerta. Philby descendió también, y pasó al interior.

Allí había unos cuantos muebles destartalados, y nada más. El mueble que parecía más sólido era una mesa sobre la cual descansaba un quinqué. Las paredes, medio agrietadas, parecían ir a hundirse de un momento a otro. Vio que allí le aguardaban dos hombres más.

Eran desconocidos. No recordaba haberlos visto nunca, en sus correrías por el Oeste.

Se cruzó de brazos y preguntó:

—¿Sólo para ver vuestras carotas me habéis traído aquí?

—Te hemos traído para algo más importante.

—Quizá para que os mate…

Uno de los desconocidos rió.

—Estás muy chulo, para no tener ni un cortaplumas…

—Para matar a cinco cerdos, basta con una estaca.

El que le había hablado palideció.

Apretó los puños y pareció ir a saltar. Philby le esperaba. «Si me toca, le reviento de una patada», pensó.

Pero el otro se contuvo. Dijo difícilmente, con voz ronca:

—Esta mañana has comprado el saloon de Kruger.

—Ah, de modo que es por eso…

—Tú limítate a contestar.

—Pues sí… Desde luego, lo he comprado.

—¿Dónde tienes la escritura?

—La llevé al juez para que la registrara legalmente. Hice eso casi enseguida.

Los cinco hombres se miraron un instante, de una forma bastante significativa. Philby tuvo la sensación de que aquella noticia no les hacía ninguna gracia.

El que había hablado antes murmuró:

—Muy bien. Suponemos que no te importará deshacer la operación.

—¿Qué queréis decir? ¿Que venda otra vez el local?

—Exacto.

—¿Y qué me daréis a cambio?

—Firmarás un recibo de cinco mil dólares.

—Pero no los cobraré…

—Eso ni lo sueñes.

Philby rió.

—Por lo que veo, me ofrecéis un magnífico negocio…

—El mejor negocio que un hombre lleva encima es su propia vida. Tú la salvas, ¿no? ¿Qué más quieres?

Philby volvió a reír. Su risa era seca y áspera.

—Voy a deciros una cosa que tal vez no creeréis: Puede que hubiera accedido. Puede que hubiese vendido ese saloon; recuperando una parte del dinero que invertí en él. O quizá sin cobrar nada, porque, como habéis dicho vosotros, el mejor negocio que un hombre tiene es su propia vida. Pero ahora habéis llegado tarde, amigos. Ahora habéis cometido la equivocación de matar a una mujer.

Los cinco hombres volvieron a mirarse.

Parecían no entender el sentido de las palabras de Philby.

—¿Qué te importaba ella a ti? —murmuró uno.

—Quizá nada. Es curioso, pero os aseguro que no la había ni

besado tan siquiera. Incluso me hizo caer en una trampa para que me mataran, pero luego se arrepintió. Y yo soy de los que no perdonan un cobarde asesinato, amigos.

—¿Qué quieres, entonces? ¿Qué te matemos?

—Probadlo.

Uno de los cinco hombres, el que estaba justamente frente a Philby, hizo un gesto de suficiencia.

Era un auténtico peso pesado, y tenía puños de campeón. Movió uno de ellos, disparándolo hacia la cara de Philby.

No llegó a su destino.

El joven lo cortó en el aire con un izquierdazo, y disparó su derecha entre los puños de su enemigo.

Éste lanzó un auténtico alarido, mientras por encima de su rostro parecía extenderse una nube roja.

El golpe de Philby había sido increíblemente certero, trazándole un surco sangriento en un pómulo, como si por allí hubieran pasado una navaja de afeitar. Algunas gotas de sangre saltaron a los ojos del pistolero, y eso fue lo que le dio la sensación de estar Sumergido en una especie de nube roja.

El golpeado retrocedió, mientras se llevaba ambas manos a la cara, encogiéndose.

Philby no perdió ni un segundo.

Disparó su pierna derecha, y la bota pasó entre las manos del enemigo. Éste cayó hacia atrás, con la cara destrozada, mientras repetía su alarido.

El que estaba a la izquierda de Philby se lanzó entonces al ataque. Intentó golpearle por detrás.

No llegó a hacerlo, porque John se había vuelto a tiempo. Con los dos puños enlazados, los empleó como si fueran una maza. La cara del asesino pareció estallar en el aire. Recuperaría el sentido, minutos más tarde, con las facciones ensangrentadas. Pero en el primer momento tuvo una verdadera sensación de muerte.

Quedaban tres.

Y los tres se movieron ahora a la vez, comprendiendo que Philby era un adversario más peligroso de lo que al principio habían imaginado. Mientras uno le cazaba en el estómago, el segundo le golpeó en la nuca y el tercero le castigaba un flanco.

Philby no pudo cubrirse ante aquella lluvia de golpes, pero no

cedió tampoco. Reaccionó lanzando un brutal zurdazo al bulto que tenía enfrente.

Se oyó un gemido y el bulto cayó, doblándose de dolor.

John recibió un nuevo golpe en la nuca. A partir de aquel instante, le pareció como si todo flotase en torno suyo.

Dos ganchos a la cara le hicieron arquearse hacia atrás. Quedaba casi completamente al descubierto, sin poder preparar la guardia.

Uno de los asesinos se lanzó al ataque a fondo, dispuesto a destrozarle la cara.

Parecía muy fácil, un juego de niños…

No lo fue.

Philby aún tuvo una última reacción. Disparó aquella especie de artillería gruesa que era su puño derecho, y alcanzó directamente a su enemigo. Éste cayó, hecho un ovillo, mientras se cubría desesperadamente la cara con los brazos.

Los otros siguieron actuando.

Philby recibió varios golpes más, ahora tras los pabellones de las orejas, y vaciló a punto de caer. Un culatazo acabó de enviarle a la región de los sueños.

Sólo había una cosa que estaba a su favor, y era que, al parecer, no querían matarle aún.

Eso fue lo último que pensó, antes de perder el sentido.

Al recobrarlo, vio que estaba atado a una columna que ocupaba el centro del local. Intentó moverse rabiosamente, para ver si la derribaba, confiando en que el edificio estaba en ruinas. Pero resultaba una empresa digna de un Sansón, y Philby no lo era. Tras varios inútiles esfuerzos, escuchó una serie de carcajadas en torno suyo.

Vio confusamente a los cinco hombres.

Estaban ante él, y uno de ellos blandía una fusta de las que se emplean para los caballos.

La hizo sonar a su derecha.

—¿Vas a firmar ese documento, Philby?

—¿A qué viene tanto interés ahora por ese saloon? ¿Por qué no acudisteis a la subasta? ¡Hubiera sido tan sencillo! ¡Yo no llevaba encima más que cinco mil dólares!

—El caso fue que no acudimos. Y ahora ya es tarde.

Otro de los forajidos masculló:

—¡Vende! ¡Vende, si quieres salvar la piel!

—No lo haré.

—Muy bien… Entonces, si no quieres cobrar de un modo, ¡cobrarás de otro!

Dos golpes de fusta se abatieron sobre su pecho. Entonces se dio cuenta Philby de que su camisa estaba rota.

Recibió los impactos en su piel, y se estremeció de dolor.

Un nuevo zurriagazo fue a su cuello.

Sintió que por éste resbalaba la sangre.

—¡Firma! ¡Firma de una maldita vez!

—He dicho que no lo haré.

La fusta volvió a moverse.

Philby, castigado por los golpes anteriores, resistía difícilmente aquel suplicio, Pero apretó los dientes y se juró a sí mismo que no cedería. Se juró también que mataría a aquellos cinco asesinos, uno tras otro.

Los golpes llovían sobre él. La sangre resbalaba, ya no sólo por su cuello, sino por todo su cuerpo.

Pero ni siquiera chistó.

El hombre que le golpeaba lanzó entonces un gruñido, mientras dejaba la fusta.

—Creo que esto no le ablanda lo suficiente —dijo—. Pero hay otra cosa que le «convencerá» más.

Y señaló hacia un rincón de la casa, donde estaba la chimenea construida en piedra. Allí ardían unas brasas, y sobre ellas estaba un hierro de marcar reses.

Sus ojos se dilataron.

Philby no podía negar que tenía miedo. Pero si alguien hubiese mirado su rostro habría pensado —salvo por aquella dilatación de sus ojos—, que todo le dejaba insensible.

Uno de los hombres sacó el hierro. Estaba al rojo.

—Esto duele —dijo—. Y de la forma que vamos a aplicártelo, te dolerá aún más…

Philby ni siquiera pestañeó.

—¿Vas a firmar?

Negó con la cabeza.

—Muy bien… Entonces, tú lo has querido. Pero ten en cuenta que esto no terminará aquí.

El hierro avanzó hacia él.

Philby quiso mantener abiertos los ojos, fingir serenidad, pero al final hubo de cerrarlos.

Le pareció que sus dientes iban a romperse, a causa de tanto apretarlos para contener un grito.

El hierro al rojo se apretó contra su pecho. Penetró en su piel.

Y entonces Philby sintió que sus ojos se nublaban, y cayó hacia adelante, colgado de las ligaduras, tras perder el sentido.

No supo cuánto tiempo había estado así, sin recobrarlo. Le pareció que habían transcurrido varias horas, pero en realidad debían haber transcurrido sólo entre veinte y treinta minutos.

Oyó unas voces cerca de él.

Pensó que sus asesinos hablaban, pero al abrir los ojos comprobó que estaba solo.

Debían haberle dejado para que fuera «madurando» sus pensamientos. Seguro que aquello no terminaba allí.

Sin embargo, seguían oyéndose las voces.

Eran alegres y rápidas. Philby hubiese jurado que se trataba de dos niños hablando.

¿Niños allí?

Tuvo la evidencia de ello cuando oyó una especie de despedida:

—Hasta mañana, Tuck.

—Hasta mañana, Tom.

Se oyeron unas pisadas en las maderas carcomidas que formaban el suelo de la casa.

Y de pronto un niño apareció ante los ojos de Philby. Era un niño de unos diez años que, a la luz del quinqué, le miró con espanto y con asombro.

Philby trató de sonreír.

—No te asustes, muchacho.

El pequeño le miraba desde unos pasos de distancia, con la boca abierta. No se atrevía a acercarse.

—¿Quién… es usted?

—Me llamo Philby.

—¿Qué le han hecho?

—Ya lo ves… Me han acariciado.

El pequeño balbució:

—¡Dios santo!…

—Por favor, desátame —dijo Philby—. No pienso hacerte ningún daño.

—Está bien… Le desataré.

El pequeño pasó tras él, y empezó a trajinar en los nudos. Era una tarea difícil para sus dedos inexpertos, pero al fin consiguió liberar a Philby. Éste cayó sentado al suelo, respirando con dificultad, mientras sentía que le abrasaba todo el cuerpo.

Luego se pasó una mano por la frente, e intentó sonreír de nuevo, dándose cuenta de que el pequeño seguía mirándole miedosamente.

—¿Cómo te llamas?

—Tuck.

—Muy bien, Tuck. ¿Y qué haces aquí?

—Siempre vengo a jugar a esta casa.

—Pero es muy tarde…

—Vengo a cualquier hora… Aquí, antes, nunca había nadie.

—¿Dónde vives?

—Cerca de aquí.

—¿Con tus padres?

—No. Con la señorita Judith.

—¿Quién es la señorita Judith?

—Es la maestra. Me tiene en su casa y me enseña.

Philby se limitó a hacer un gesto de asentimiento.

En realidad, todo aquello le importaba poco. Lo único que quería era ganarse la confianza del muchacho, que éste no estuviera tan asustado.

—¿Y tus padres? —preguntó—. ¿Dónde están?

—No los conozco.

—¿De modo que siempre has vivido con la señorita Judith?

—Sí, señor.

Tuck miraba con asombro la marca que en el pecho tenía Philby. Éste se la cubrió con la camisa lo mejor que pudo.

—He tenido dificultades, ¿sabes? Han querido darme un buen escarmiento.

—¿Por qué?

—Eso no lo entenderías ahora. Cuando seas mayor, quizá te lo explique… si es que vivo.

El pequeño parecía haber recobrado la confianza. Se acercó más

a él.

—¿Qué va a hacer ahora, señor?

—Pues no sé… Creo que, por lo pronto, necesitaría lavarme un poco.

—En casa puede hacerlo.

—¿En tu casa? ¿Y no le sabrá mal a la señorita Judith?

—No, ella ha ayudado a mucha gente herida.

Philby estuvo a punto de negarse, porque no quería mezclar en su asunto a ninguna otra persona, pero necesitaba cuidar un poco sus heridas y beber algo. Estaba desfallecido.

De modo que dijo a Tuck:

—Vamos, si no es muy lejos.

—No, no… Es poca distancia.

Salieron. No debía ser muy tarde, a pesar de que a Philby se lo parecía, a causa de la negra noche. Caminaron por un sendero hasta descubrir una casa rodeada de árboles. En una de las ventanas brillaba una luz muy clara.

Tuck llamó ante la puerta:

—¡Judith!

La hoja de madera se abrió.

En el umbral, recortada por la luz del interior, apareció una muchacha de unos veinte años, que vestía de blanco. Sus líneas juveniles y tensas destacaban bajo el vestido que ya empezaba a ser un poco estrecho. El rostro no podía verlo con perfección Philby, pero sí sus cabellos, de un delicioso color rubio dorado, que a la luz del quinqué despedían suaves e íntimas tonalidades.

—¿Qué ocurre, Tuck? ¿Quién es ese hombre?

De pronto, miró bien a Philby, y se llevó una mano a la boca.

—¡Dios mío!…

—No se asuste —dijo Philby—. Y tampoco la molestaré. Sólo quiero lavarme un poco.

—Pero ¿qué le ha sucedido?

—Tuve un encuentro desagradable.

—Entre… No puede estarse ahí.

Philby entró.

La casa estaba amueblada modestamente, pero era limpia y confortable. También los vestidos de la muchacha eran modestos, pero los llevaba con serena dignidad. Y su rostro —que ahora

Philby pudo ver bien— no resultaba quizá tan sensual ni tentador como el de Lorena Kruger, pero tenía una belleza diferente, distinguida, una de esas bellezas que no se captan con todo su esplendor en el primer momento, sino que van entrando en la intimidad de uno, poco a poco, día a día.

Ella le indicó con un gesto que se sentara.

—Dios Santo… Le han marcado como a una res…

—Lo pagarán.

—No piense en eso, ahora. Lo importante es curarle. Debe dolerle mucho aún.

—Muchísimo.

—La mezcla que voy a ponerle encima quizá le duela aún más, pero es eficaz. Los indios se la enseñaron a mi padre.

—Usted haga lo que quiera, y no me quejaré. Pero primero voy a lavarme un poco.

—Pase por esa puerta. Detrás de la casa tenemos un pozo.

Philby siguió la dirección indicada, y poco después se estaba lavando. La sangre coagulada desapareció. Cuando necesitaba ya secarse, vio a Tuck de pie ante él, con un paño.

—Gracias, muchacho.

—¿Qué tal se siente ahora?

—Mejor.

Cuando empezó a sentirse peor fue al aplicársele sobre la herida la pomada que la muchacha tenía preparada en un tarro. Daba la sensación de que con aquello le arrancaban la piel. Tuvo que hacer terribles esfuerzos para no gritar, y otra vez le pareció que se mareaba. Sus dedos se cerraron frenéticamente sobre los bordes de la silla en que estaba sentado.

—Esto siempre duele, pero luego se encontrará muchísimo mejor.

—Eso espero, porque si no…

—¿Dónde vive?

—En el hotel Forrestal.

—No sé si podrá ir allí. ¿Quiere quedarse a dormir con nosotros?

El ofrecimiento sorprendió a Philby, que hizo un gesto negativo.

—No quiero serles molesto, y, además, mi compañía podría resultar peligrosa para ustedes.

—¿Quién le ha hecho esto? ¿Quién le persigue?

—La verdad es que no lo sé.

—¿No lo sabe? ¿Cómo es posible?

—Anoche llegué a la ciudad, y ya me están ocurriendo demasiadas cosas. Por lo visto, tengo unos cuantos mortales enemigos, pero no sé quiénes son. Tampoco tengo la menor idea de las razones por las que quieren convertirme en papilla.

—Pero todo debe tener una explicación. ¿A qué se dedica usted, señor?

—Soy el nuevo dueño del saloon de Kruger.

Vio que ella parpadeaba, con un cierto asombro. Y entonces se le ocurrió preguntar:

—¿Es que en ese saloon hay algo de especial?

—No —dijo ella, con un soplo de voz—. Nada de especial. Excepto el hecho de que todos sus dueños han muerto…

CAPÍTULO V

Philby se sentía mejor.

Después de regresar al hotel, con una camisa nueva que la muchacha le proporcionó, y que, según ella, había pertenecido a su padre, se acostó y durmió como un tronco. Judith le había dado un calmante que producía efectos al cabo de media hora, y la verdad fue que resultó eficaz. Tuvo un sueño tranquilo, cosa que de otro modo hubiera resultado imposible.

Por la mañana, lo peor del dolor físico había pasado ya. Pero quedaba el dolor moral. El dolor de verse marcado como una res para toda la vida. El dolor de saber que iba a dedicar el resto de su existencia a matar a cinco hombres.

Después de cambiarse de ropa, salió a la calle.

Hacía un magnífico sol.

Su primera visita fue para la armería, donde compró un revólver y municiones. Lo sopesó, lo hizo girar entre sus dedos, comprobó la marcha del cilindro, y al fin todo le pareció satisfactorio. Con aquel revólver pensaba cobrar el precio de cinco pieles humanas.

Luego volvió a salir a la calle.

Se oían músicas y charangas.

Miró lo que sucedía, y vio que casi enfrente de su saloon se había instalado una carreta descubierta, que era el anuncio de un circo. Un par de equilibristas saltaban sobre una barra ágilmente. Una muchacha muy mona, con faldita corta y un paraguas que le servía de contrapeso, pasaba de un lado a otro del carro sobre una cuerda floja. Un forzudo levantaba pesas que seguramente estaban huecas, y un tipo hercúleo, con el tronco desnudo, estaba ante una gran caja cubierta con un lienzo negro. Todo este panorama se veía animado por tres músicos, que eran los autores de la charanga.

Un hombre gordo, vestido con levita y chistera, hizo una ampulosa seña y la música cesó.

—¡Señoras y señores! —dijo, con la misma prosopopeya que si fuera el presidente de los Estados Unidos—. ¡Honorable pueblo de Santa Fe! ¡El Circo Kroner, famoso por sus éxitos en todo el mundo, ha llegado al fin a esta ciudad! ¡Hemos triunfado en Europa y en toda América, y nuestros compromisos nos obligaban últimamente a permanecer dos años en el mejor teatro de San Francisco! Pero yo, el dueño y administrador del Circo Kroner, el mejor del mundo, he dicho: «¿Es que los simpáticos habitantes de Santa Fe no van a poder vernos nunca?». Y aquí estamos, amigos. Con Ursus, el hombre más fuerte de América. Con los hermanos Trapezian, los artistas del equilibrismo. Con la simpática bailarina Lidia. ¡Y con el misterio que se oculta en esta urna!

Señaló aquel extraño objeto cuadrado que estaba cubierto por un lienzo negro.

La atención de todos estaba pendiente precisamente de aquella especie de recipiente secreto, donde Dios sabía qué maravillas debían guardarse.

Todas las poblaciones del Oeste eran muy aficionadas al circo, y como éste sólo llegaba a ellas de tarde en tarde, su aparición representaba un verdadero acontecimiento.

Así no es extraño que todos contuvieran la respiración cuando el hombre del tronco desnudo empezó a alzar el lienzo negro, poco a poco.

Lo que apareció debajo de éste era, en efecto, una urna de cristal. Y lo que había en su interior hizo lanzar a todos un «Ooooh» de asco y asombro.

Una enorme serpiente gris se movía perezosamente, irritada, alzando su cabeza y abriendo la boca por la que cabía perfectamente un niño.

A todos les produjo repulsión, pero ya es sabido que las cosas de esa naturaleza ejercen una especie de atracción morbosa. En realidad, los ojos de todo el mundo estaban pendientes de aquel reptil. Nadie se fijaba en otra cosa.

El dueño del circo anunció pomposamente:

—Ésta es «Elena», la boa más grande del mundo. Capturada por mí mismo en las selvas de la India, me obedece ciegamente y

cumple todas mis órdenes, así como las de Giant, su cuidador. Pero ¡cuidado!, si cayese en manos de otras personas, «Elena» sería implacable. Sus instintos son increíblemente salvajes y su apetito es atroz. Ni siquiera una persona mayor estaría segura entre sus terribles fauces. ¡Lo traga todo!

Philby, que escuchaba con las manos caídas a lo largo del cuerpo, sintió que alguien rozaba su derecha.

Miró: Era el pequeño Tuck.

Éste contemplaba, obsesionado, a la serpiente, y en sus ojos brillaba como una chispita de miedo.

Philby sonrió.

—Hola, Tuck. ¿No vas a la escuela?

—Hoy es domingo.

—Es cierto, no me había dado cuenta —dijo Philby, arqueando una ceja—. Cada vez soy más distraído. Ni siquiera había advertido que la gente va más elegante que otros días. ¿Te has fijado en el circo?

—Sí, señor Philby.

—Ahora ese hombre tiene pendiente a todo el mundo de su repulsiva serpiente. Dentro de una hora, no se hablará de otra cosa en la ciudad, y esta tarde el circo estará abarrotado.

De pronto, pareció recordar algo. Chascó dos dedos.

—¿Quieres ir?

—Pues…, ¡pues claro que sí, señor Philby! Pero no tengo dinero.

—No te preocupes; yo te lo daré.

—¿Usted?…

—Toma un dólar. Podrás ir a primera fila.

—¡Oh, gracias, señor Philby!

—Más te debo yo a ti muchacho, a ti y a Judith. ¿Dónde está ella ahora?

Como si sus palabras hubieran sido una llamada, la maestra apareció entonces.

Llevaba un vestido igualmente sencillo, aunque más nuevo que el de la noche anterior, y un pequeño collar adornaba su cuello.

—Veo que se encuentra mejor, señor Philby —dijo.

—Mucho mejor, y ha sido gracias a usted. Me pregunto qué podría hacer para pagárselo.

—No piense más en ello. Y ahora, con su permiso, me llevaré a

Tuck, porque hemos de hacer unas compras. Ya sabe que aquí las tiendas están abiertas los domingos por la mañana.

—Como usted quiera, Judith.

Se llevó dos dedos al ala del sombrero, y la saludó. Luego estuvo unos momentos mirando cómo se alejaban.

Judith y Tuck pasaron por delante de un determinado local de la ciudad. Desde la ventana de ese local les estaba mirando un hombre.

Sus ojos recorrieron con complacencia las juveniles curvas de Judith, y luego se volvió hacia el interior de la habitación.

Allí había otros dos hombres, sentados en elegantes butacas de cuero rojo.

—Mirad esa chica —dijo.

Los dos se levantaron y miraron.

—El pequeño que va con ella, ¿es el que salió de la casa en compañía de Philby?

—Sí, es él.

—O sea que le ayudó…

—Desde luego, fue él quien hubo de libertarle.

—No quiero que nadie ayude a mis enemigos —dijo el hombre bruscamente—. Crearé un clima de terror en torno mío, si hace falta. Ésa es mi norma.

Los dos le miraron, como esperando sus órdenes.

De pronto, señaló a través de la ventana y murmuró:

—Hay que eliminar al pequeño.

Ninguno de los dos se sorprendió. Dio la sensación de que aquella salvaje orden les parecía una de las más naturales del mundo.

—¿Y la chica?

—Haced con ella lo que os plazca. Luego la matáis.

Los dos hombres se pasaron las lenguas por los labios. Era evidente que los dos pensaban lo mismo.

—Pediremos la ayuda de Charlie —dijo uno de ellos—. Entre los tres tendremos un magnífico domingo…

Y salieron precipitadamente.

Judith y Tuck iban en un tílburi muy modesto. Judith lo había recogido en la calle, después de abandonarlo su dueño, y lo había reparado con sus propias manos. No funcionaba demasiado bien,

pero les bastaba para desplazarse desde Santa Fe a su casa. El caballejo que tiraba de él tampoco hubiera alcanzado, desde luego, un buen precio en una subasta, pero era dócil y paciente.

Judith lo quería. Pensaba que sentiría su muerte como la de una persona apreciada.

Por eso lanzó aquel grito de angustia cuando oyó una detonación y escuchó relinchar al caballo, alcanzado en el cuello.

El animal se desplomó, haciendo volcar la carreta.

Judith y Tuck salieron despedidos. Rodaron sobre la hierba del prado que bordeaba el camino.

Tres jinetes aparecieron entonces, surgiendo de detrás de los árboles. Los tres llevaban revólveres, y reían a la vez estruendosamente.

Judith se llevó una mano a la boca, mientras sentía que el horror le helaba la sangre.

Nadie podía auxiliarla allí. Estaba a suficiente distancia de la ciudad para que no vieran lo que ocurría. Y en domingo no pasaría por aquel camino ninguno de los vaqueros, que habitualmente lo recorrían los días laborables.

Pero aún no podía creer que aquello fuera cierto. Se puso en pie, con gesto de desafío.

—¿Cómo se atreven?… —masculló—. ¿Quiénes son ustedes, malditos canallas?

Los tres descabalgaron.

Se acercaron lentamente a ella, mientras sus ojos recorrían las curvas femeninas, con expresión entre ansiosa y divertida a la vez.

Judith balbució:

—Vete, Tuck… Por Dios, vete…

Pero Tuck, en lugar de irse, arremetió contra los tres granujas. Creyó que era ya un auténtico hombre. Golpeó el estómago de uno de ellos con todas sus fuerzas, pero el otro ni se enteró.

Al fin, con un gesto de hastío, dio al pequeño un puñetazo en la boca.

Tuck cayó al suelo, con los labios ensangrentados, mientras el pistolero que acababa de golpearle se dirigía hacia él:

—Vas a venir conmigo, pequeño.

—¡Suéltame, maldito!…

El pistolero, que era el llamado Charlie, lo zarandeó

bestialmente.

—¡He dicho que vas a venir conmigo! ¡Arranca!

De un golpe más, le hizo volar un par de yardas lejos.

Judith tenía los ojos anegados en llanto. Se había llevado las manos a la boca, sintiendo que se ahogaba.

Los dos pistoleros la abrazaron a la vez.

La derribaron por tierra.

Uno de ellos gritó:

—¡En la Cueva del Diablo, Charlie! ¡Y que no encuentren su cadáver!

Charlie asintió, mientras arrastraba al pequeño por los cabellos.

Una expresión bestial, inhumana, deformaba su boca.

Montó en su caballo, llevando consigo a Tuck, y desapareció velozmente de la vista de los otros.

Éstos golpeaban brutalmente a Judith. Reían mientras trataban de quitarle la ropa. De pronto, a uno de ellos le voló el sombrero. Miró a su compañero con gesto de irritación.

—¡Eh, tú! ¿Por qué me lo has quitado?

—¿Yo?…

—Bueno, dejemos eso. Es más importante lo que estamos haciendo ahora…

De pronto, voló el sombrero del segundo.

Era evidente que algo extraño sucedía. Las cosas estaban cambiando. Los dos alzaron la cabeza al mismo tiempo.

Y entonces vieron a unos diez pasos a aquel hombre que, con dos piedras lanzadas hábilmente, les había arrancado los sombreros de sus cabezas.

Le reconocieron al instante. Era Philby.

Philby tenía unos ojos muy extraños. Les recordaba a los de cierto verdugo que vieron una vez.

—Siento no haber llegado antes —murmuró Philby calmosamente—. ¿Dónde está el pequeño?

—¡Se lo han llevado! —gritó Judith—. ¡Se lo han llev…!

No terminó de hablar porque uno de los pistoleros la golpeó brutalmente en la boca.

Philby no pareció inmutarse.

Dijo con la misma voz tranquila de antes:

—Vais a poneros en pie.

—¿Qué pretendes? ¿Matarnos a los dos? ¿Estás loco?

Los ojos de Philby parpadearon.

—Veo que os habéis quitado los cintos… Para estar mejor, ¿no?

—¡Por eso no puedes disparar! ¡Estamos desarmados! ¡Sería un sucio asesinato!

Philby murmuró:

—¡Claro!

Y de pronto, todos sus músculos parecieron saltar. Gritó, con voz cargada de odio:

—¡Condenados hijos de zorra!

Sacó el revólver y disparó.

El primer pistolero recibió la bala en la cabeza, El otro gritó, aterrorizado, mientras intentaba huir.

A Philby no le importó disparar otra vez, a pesar de que ahora tenía al enemigo de espaldas.

Le cosió materialmente a balazos la columna vertebral, y no paró hasta que lo vio caer como un fardo.

Luego recargó el revólver tranquilamente, sin mirar a Judith, que jadeaba como si estuviera a punto de caer reventada de fatiga.

—¿Adonde han llevado a Tuck? —preguntó luego, alzando su mirada hasta la maestra.

—Han dicho que a un sitio lla… llamado La Cueva del Diablo.

—¿Y dónde es?

—No… no lo sé.

—¿Cómo que no lo sabes? ¡Menos voy a saberlo yo! ¡Yo soy forastero! ¡Mil diablos!

Ella palideció mortalmente.

—Por Dios…

—¡Haz memoria! ¡Trata de recordar!

—No… ¡No sé dónde está ese sitio! ¡No lo he sabido nunca!

Philby sintió que un nudo se le había formado en lo más hondo de la garganta.

—Judith… Por favor, trata de reflexionar. Yo no puedo estar dando vueltas, buscando por toda la comarca. ¡Cada minuto cuenta! ¡Alguien te habrá hablado de esa cueva! ¡Recuerda!

Ella tenía los dedos crispados. Su boca estaba torcida con una expresión patética.

—Jamás me hablaron de ella.

—Tus alumnos, quizá…

—Es imposible. Por aquí no existe ninguna cueva.

Philby sintió como si el mundo entero se desmoronase, se hundiera bajo sus pies.

—Dios santo —balbució—. Entonces, no le encontraré nunca… Entonces, Tuck está perdido…

CAPÍTULO VI

La Cueva del Diablo estaba en un lugar que no podía imaginar nadie. En un lugar que hubiera dado muchos quebraderos de cabeza a Philby, caso de imaginarlo siquiera. Y que aún había de darle otros muchos, sólo al oír aquel extraño nombre.

Charlie abandonó el caballo, y penetró en ella. La cueva tenía una entrada que no se parecía, desde luego, a la de ninguna gruta. Pero ésa era una cuestión sobre la que Charlie no estaba dispuesto a discutir ahora.

Tuck le había dado muy poco trabajo.

Acababa de desmayarlo de un golpe en la nuca.

Con aquel impacto pudo incluso matarlo, pero eso no importaba demasiado a Charlie. Al fin y al cabo, ¿qué más daba un poco antes que un poco después?…

Mientras avanzaba, tanteando las paredes, pensaba en el modo más conveniente de acabar con él.

¿Pegarle simplemente un tiro? ¿O ahorcarlo tal vez? ¿Quizá enterrarlo vivo, ahora que estaba desmayado, para que si alguna vez lo hallaban, todos pensaran en un derrumbamiento de tierras y en un accidente?

Sí, ésa sería la mejor solución.

Charlie se detuvo en una especie de sala, abierta en la tierra, donde ardía un farol de petróleo.

Alguien le esperaba allí.

Una persona que estaba quieta, rígida, junto a una de las paredes.

Aquella persona se hallaba algo pálida.

Charlie parpadeó.

—¿Cómo está usted aquí? —susurró.

—¿Es que no puedo venir?…

—Sí, claro que sí… Perdone.

Parecía asustado y nervioso. Sin duda, aquella persona le infundía un gran respeto.

—¿Qué vas a hacer con este niño?

Charlie rió simiescamente.

—Tengo órdenes de matarlo.

—¿Ordenes?

—Sí. Del mismo jefe.

La persona que estaba frente a Charlie palideció un poco más.

—¿Cómo vas a hacerlo?

—Lo enterraré.

—¿Vivo?

—Claro que sí. Y si alguna vez lo encuentra alguien, parecerá un accidente.

—Sabes que aquí nadie lo encontrará jamás.

—Por eso mismo me han pedido que lo trajera a este sitio.

—No es mala idea…

—¿Quiere ayudarme?

—Tal vez sí. Aunque yo tengo una idea mejor.

—¿Cuál es?

—Vas a tener que esperarme unos minutos. No te importará, ¿verdad?

—Haré lo que usted mande.

—Entonces, aguarda.

Aquella persona desapareció.

Charlie quedó quieto, alumbrado por la luz del quinqué, lleno de excitación y de alegría. Le satisfacía haber tenido aquel encuentro. Así sabrían que él era un hombre fiel, y que no vacilaba ante nada.

Pasaron cinco minutos.

Diez.

El pequeño iba recobrándose. Gemía ya lastimeramente. Estaba visto que iba a tener que golpearle otra vez.

¿Por qué tardaba tanto?

De pronto, le pareció oír un susurro.

Aquella persona volvía.

Toda la cueva estaba llena de una claridad turbia, sucia, que hacía destacar extrañamente los objetos.

Y sobre todo, hacía destacar aquella forma sinuosa que avanzaba a ras del suelo.

Aquella cabeza horrible.

Charlie sintió que sus fuerzas fallaban, que se le helaba la sangre.

No, no era posible.

Tenía que tratarse de una horrible, de una maldita pesadilla.

Sacó el revólver y quiso tirar, pero la mano le temblaba.

Quería atravesar aquella horrible cabeza.

Aquellas fauces rojas, en las que le parecía que su cuerpo iba a caber perfectamente.

El pensamiento le produjo un frío horror, un horror tan intenso, que le impidió moverse.

Estaba como hipnotizado.

Veía a la gigantesca boa avanzar hacia él, y no podía disparar. ¡No podía!

Al fin, apretó el gatillo. La detonación le ensordeció, como si hubiera sido un cañonazo.

Vio que sólo había rozado a la serpiente. Eso enfureció al gigantesco reptil, que se abalanzó sobre él y lo envolvió en sus anillos.

Charlie gritó histéricamente, en el colmo del horror, mientras su vista se nublaba.

Era como estar sumergido en un océano viscoso, un océano de anillos, de piel pestilente.

Los ojos diabólicos de la boa le miraban por encima de su propia cabeza.

Las fauces estaban espantosamente abiertas. La lengua sobresalía entre ellas como una espada repugnante.

Charlie aún pudo aullar:

—¡No! ¡Nooo!…

La presión de los anillos le enloquecía. Pero, por desgracia para él, no le hizo perder el sentido.

Vio avanzar la cabeza de la boa.

Sus gritos retumbaban en la cueva. Se estaba volviendo loco. En aquel momento hubiera pedido, cien veces, que le dispararan una bala.

Pero nadie iba a tener compasión de él. Nadie se entristecía

escuchando sus aullidos.

La boca de la boa se cerró sobre su cabeza.

Charlie se daba cuenta de todo. La boa era demasiado vieja y no tenía suficiente fuerza para triturarle los huesos. Eso hacía más insoportable su suplicio.

Los dientes de esos ofidios están dotados de dos colmillos enormes en la mandíbula superior, colmillos que aparecen orientados hacia dentro y que ceden cuando la presa es engullida. Luego ésta ya no puede salir, porque los enormes dientes le cierran el camino como los barrotes de una celda.

Charlie empezó a ser absorbido.

Unos segundos más tarde ya no pudo ni gritar.

Una voz dijo con indiferencia:

—Sólo te comerá la mitad. El resto no podrá pasar. Pero ya es bastante…

CAPÍTULO VII

Philby dio las gracias cuando aquel viejo borrachín le indicó, con grandes aspavientos:

—La viuda Kruger vive allí, en aquella casa blanca. Es el bombón más descomunal de la ciudad. Dicen que mató a su marido por eso: que al pobre se le indigestó una señora así. Pero luego, que se sepa, ni siquiera ha logrado besarla nadie.

Philby murmuró:

—Mala noticia…

Y se dirigió hacia la casa.

No era presumible que Lorena Kruger viviera sola, sin servicio, pero al menos debía estar sola en aquellos momentos, porque fue ella la que abrió la puerta.

Hizo un gesto de sorpresa al verle.

—Señor Philby…

—Hola, Lorena. ¿Le molesto?

—No, de ningún modo. Pase usted.

La casa de Lorena era acogedora y grande. Tenía muebles magníficos, que parecían traídos de Europa. Las alfombras eran tan ricas, que en ellas se hundían los pies.

—Tiene usted una bonita jaula —elogió Philby.

—¿Le sorprende?

—Tal vez un poco. No parece usted una mujer que haya tenido deudas…

—Preferí liquidar el saloon antes que tocar mi casa. Le tengo cariño a esto.

Se sentó con desenvoltura. Era una de esas mujeres a las que no les importa enseñar un poco e insinuar mucho más. Tenía la gracia de la auténtica cortesana, aunque, desde luego, no lo era.

—¿Quiere beber algo, señor Philby?

—No, gracias. No quiero robarle su tiempo.

—¿Por qué? Yo tengo tiempo de sobra. Pero quizá usted no se siente cómodo en la ciudad. Me han dicho que tiene complicaciones.

—¿Quién habla de eso?

—Ayer mismo mató a dos hombres que intentaban ultrajar a la maestra. Lo dice todo el mundo.

—Eso es cierto a medias. No los maté.

—¿No?

—Los asesiné.

Ella alzó un poco la cabeza, y la echó hacia atrás, mirándole sorprendida.

—Es usted un tipo extraño, señor Philby. ¿Y tuvo algo que ver con lo del pequeño Tuck?

—En parte, no. Sólo sé que lo encontraron llorando en las afueras de la ciudad. No sabía quién lo había dejado allí. No sabía tampoco dónde había estado.

—Quizá le dieron un golpe para privarle del conocimiento, y que no llegase a ver nada.

—Eso es lo más probable. Presentaba varios hematomas.

—Hay tantos salvajes en la ciudad… —musitó sordamente ella.

—Lo que más me sorprende es una cosa —replicó él—. La salvación de Tuck, desde mi punto de vista, es casi milagrosa. La verdad, no la entiendo, porque el tipo que se lo llevó quería matarle. Se llama Charlie, y yo lo estoy buscando por toda la ciudad para ajustarle las cuentas. No me importará liquidarle por la espalda, se lo prometo. Pero ha desaparecido como si se lo hubiera tragado la tierra.

Ella sonrió con una expresión distinguida y un tanto lejana, como si todo aquello le importase poco.

—¿Y por qué me pregunta a mí, señor Philby? ¿Qué tengo yo que ver con eso?

Él respiró hondamente.

—Mucho y nada, según cómo se mire. Lo único que ocurre es que me han dicho que Charlie era muy amigo de su esposo. Muy amigo del muerto…

CAPÍTULO VIII

Ella no se sorprendió en absoluto.

Hizo un mohín con los labios, mientras cambiaba de postura y transformaba en algo obsesionante su hasta ahora discreta exhibición de piernas.

—Mi marido tenía muchos amigos, señor Philby —dijo al cabo de unos instantes—, y yo no los conocía a todos. A ese tal Charlie creo que nunca le vi, y si llegué a verlo no me fijé en él de una manera determinada. Si quiere que le diga la verdad, el negocio de mi marido nunca me gustó en absoluto.

—¿Por qué lo continuó, entonces?

—Porque no tenía otros medios de vida, señor Philby. Él no me dejó apenas dinero. Siempre pensó que con este negocio en marcha, yo tendría suficiente para vivir bien el resto de mis días. Pero como el saloon no me gustaba, todo terminó yendo mal. Ya ha visto el resultado.

Philby asintió silenciosamente.

—Creo que la he molestado sin necesidad —dijo—. Lo siento, pero la única disculpa que tengo es mi deseo de encontrar a ese hombre.

—¿Para asesinarlo también?

—A su muerte puede darle el nombre que quiera. Lo que sí deseo es quitarlo de en medio. Los hombres que tienen valor para matar a un niño, no merecen vivir.

—En eso tengo la misma opinión que usted, señor Philby. Pero puede que ese hombre haya huido ya.

—Es muy posible.

—¿Y el pequeño Tuck? ¿Cómo se encuentra ahora?

—Después del susto pasado, se encuentra perfectamente bien.

Esa muchacha que cuida de él, Judith, se comporta como si fuera su verdadera madre.

—Lo celebro. El pequeño merece tener, al fin, un poco de suerte. Creo que ha sufrido mucho.

—Bastante más que algunas personas mayores. Por eso deseo tanto que no le ocurra nada.

Se puso en pie, dispuesto a despedirse. Ella también se puso en pie, quedando quieta ante él.

Era alta, majestuosa. Era una verdadera señora, en el sentido sensual de la palabra.

—¿Ha hablado ya con el banquero, señor Philby?

—No, aún no.

—Le advierto que es un tipo difícil de convencer.

—Lo creo. Pero antes de pensar en arreglar el saloon, he de resolver otras cosas.

—¿Cuáles, por ejemplo?

—Pues…

—¿Cuáles?

Ella se había acercado un poco más. Sus ojos estaban suavemente entornados.

Y él oyó otra vez aquella voz interior, aquella especie de rumor lejano que le indicaba: «¡Cuidado, Philby!».

¡Pero cualquiera tiene cuidado con una mujer de esa categoría! ¡Cualquiera hace caso de las voces interiores, cuando tiene delante a una mujer como Lorena Kruger!

Un momento después, la estrechaba en sus brazos.

Dos momentos después, la estaba besando.

Tres momentos después, ella correspondía.

Cuatro momentos después…

No, no hay que ser mal pensado. ¿Qué es lo que imaginaba usted, lector amigo?…

Cuatro momentos después, se oyó un leve carraspeo tras ellos.

—¡Ejem!…

Philby la soltó y se volvió. Lorena Kruger también movió la cabeza, respirando ansiosamente, porque el beso la había dejado poco menos que ahogada.

—Señor Donald… —murmuró.

El hombre que ahora estaba tras ellos era alto, más bien grueso,

y vestía con mucha elegancia. Tenía aspecto de banquero, y, en efecto, lo era.

—La puerta estaba mal cerrada —dijo—. He llamado con los nudillos, pero como nadie parecía oírme…

—Perdone, señor Donald —murmuró Lorena.

—Es usted quien debe perdonarme. Ya he visto que estaba «ocupada».

—Hablaba con este caballero, de mi triste y desconsolada viudez, señor Donald.

—Muy triste.

—Por cierto, no les he presentado. Este señor es John Philby, al que quizá haya oído nombrar.

—Desde luego. Es el que compró su saloon, ¿no?

—El mismo.

—Veo que su relación de «negocios» es muy estrecha.

Lorena Kruger no hizo caso de aquella significativa observación, como si no la hubiese oído.

—Philby —dijo, volviéndose hacia el joven—, este caballero es Donald, el banquero.

Philby trató de sonreír.

—Precisamente quería hablar con usted, señor Donald.

—¿Para qué?

—Necesito arreglar y modernizar el saloon, antes de su reapertura. He pensado que su Banco tal vez me concedería un préstamo, con la garantía del local.

Donald se pasó una mano por la mandíbula, mientras reflexionaba.

—Es posible que pueda hacerlo, aunque no le prometo nada. Pero tendrá que ser dentro de tres o cuatro días. Ahora, la verdad es que no tengo apenas fondos.

Philby hizo un leve gesto de extrañeza, como si no lo comprendiera.

—¿Quiere decir que está sin dinero, señor Donald?

—No, no es exactamente eso. Tengo el dinero suficiente para los gastos normales del Banco, pero no para hacer préstamos. Todos los años, por esta época, ocurre igual. Dentro de muy pocos días, será distinto.

Ante el leve gesto de extrañeza de Philby, que al parecer no

acababa de entenderlo, Lorena explicó:

—Dentro de tres días se celebra aquí una feria de ganado muy importante, y el volumen de negocios de la ciudad se multiplica por diez. Las ventanillas del Banco no cierran, cobrando y pagando dinero. Para entonces el señor Donald necesita grandes remesas de fondos, y tal es la razón de que llegue el carro blindado.

—¿El carro blindado?…

—Es una conducción de oro que se me hace todos los años por estas fechas —explicó Donald—. A causa de que una fortuna así podría despertar la codicia de los bandidos, se toman enormes precauciones. Por ejemplo, el vehículo está protegido por grandes planchas de acero, que las balas no consiguen atravesar. Los mismos caballos están protegidos también, y la escolta es de diez jinetes muy bien armados. Naturalmente, la marcha de un vehículo así siempre es lenta, pero todo hay que darlo por bien empleado, puesto que llega con seguridad.

—¿Cuánto transporta ahí, señor Donald? Se lo pregunto por simple curiosidad, ya que no pienso atracarle ni tengo posibilidades de hacerlo ahora.

—La cifra exacta siempre es un secreto excepto para mí, pero normalmente se transporta hasta medio millón.

Philby lanzó un silbido.

—Diablo… Medio millón… ¿Y nunca han intentado asaltarlo?

—Sí, una vez, pero fue un desastre… para los atracadores. Ocho de ellos murieron en el acto, y los dos supervivientes fueron capturados y ahorcados unos días después. Desde entonces, nadie ha tenido agallas para repetir la hazaña.

Y dejando por fin aquella conversación, murmuró:

—Venía para decirle que siento mucho no haber concurrido a la subasta de su local, Lorena. Es posible que me lo hubiera quedado yo por bastante más dinero del que se pagó por él. Usted sabe que estaba interesado en adquirirlo, y que sin la precipitación del juez al sacarlo a subasta para pagar a los acreedores, usted y yo hubiéramos llegado a un buen acuerdo.

Lorena dio unos pasos por la habitación, pensativamente. Su actitud había cambiado. Parecía de nuevo una preocupada mujer de negocios, y no la hembra ardiente que unos minutos antes besaba como una auténtica loba.

—Yo estaba apartada de este asunto —murmuró—, pero realmente me extrañó que usted no compareciese, señor Donald. Conozco el interés que tenía por mi local.

—Mucho interés, eso es cierto. Entre el saloon y el Banco sólo hay una casa, que además está desocupada ahora. Quedándome con todo, hubiera podido ampliar las oficinas. Crea que lo estoy necesitando.

Miró, de pronto, a Philby y susurró:

—Claro que… En realidad, estoy hablando de algo que aún puede arreglarse, puesto que el verdadero dueño es usted. ¿No querría venderme ese local?

Philby no contestó en el primer momento.

Entrecerró los ojos.

Bruscamente, habían vuelto a su memoria muchas cosas que llegó a olvidar cuando besó a Lorena. Alguien que no estuvo en la subasta, y que por eso no pudo adquirir el local, quería ahora hacerse con él, a costa de lo que fuera. Las palabras del banquero resultaban no sólo significativas, sino casi reveladoras. ¿Era posible que…?

—¿Por qué no acudió usted a la subasta, señor Donald? —preguntó.

—Recibí un telegrama para realizar una gestión urgente en Albuquerque. Y tuve que ir.

—Comprendo.

—Y ahora espero que me disculpe, Lorena —dijo el banquero, volviéndose hacia la hermosa mujer—. Ya sabe por qué no acudí. Pero si puedo ayudarla en algo…

—Gracias, señor Donald. Por el momento, no necesito nada.

El magnate se despidió.

—Hasta pronto. Y espero que sigan aprovechando el tiempo.

Philby se quedó mirando a la mujer, que continuaba de pie ante él, con la boca entreabierta y los labios palpitantes.

—Creo que, sin querer, te he metido en un buen compromiso, Lorena —murmuró—. Ahora, él lo contará a todo el mundo.

—Es posible.

—Realmente, lo siento.

—Yo también —dijo ella—, pero el mal ya está hecho, ¿no?

—Sí… Ya está hecho.

CAPÍTULO IX

Philby caminó a lo largo de la calle, y entró en un saloon a beber un trago.

Realmente, lo necesitaba.

Mientras tenía el vaso ante los ojos, pensaba en las palabras del banquero Donald. ¿Era posible que llegase a matar sólo por tener un local que le permitiría extender su negocio? No, eso, a primera vista, parecía absurdo.

Pero demasiado sabía Philby, por otra parte, cómo se habían hecho algunas fortunas en el Oeste y cómo actuaban los que no tenían ningún escrúpulo. La vida de un hombre importaba muy poco. Si Donald, por lo que fuera, había decidido hacerse con aquel local, no pararía hasta liquidarle.

Philby terminó de beber y pagó.

En la calle se detuvo un momento, antes de descender del porche, sorprendido por el brillo del sol, en contraste con la penumbra del local.

Un individuo que estaba apoyado en la columna se ponía un cigarrillo en los labios.

Era un tipo al que Philby no había visto nunca. Ni siquiera se fijó en él.

Pero el otro le miraba.

—¿Me da fuego?

—Sí, con mucho gusto.

John rascó un fósforo y acercó la llamita a la punta del cigarrillo. El hombre dio una chupada.

—Usted es Philby —dijo en voz baja.

—Sí. ¿Qué ocurre?

—Alguien me ha mandado que le de el último aviso. No habrá

más.

—¿Qué aviso?

—Venda ese local.

Philby sacó su bolsa de tabaco y, con toda tranquilidad, empezó a liar un cigarrillo a su vez. Ni siquiera parpadeó al mirar de nuevo a aquel individuo.

—No me piden que lo venda, sino que lo regale.

—Ahora es distinto.

—¿Sí?

—Están dispuestos a pagarle los cuatro mil dólares que desembolsó. Y al contado.

—Y también estarán dispuestos a matarme luego para robarme lo que me pagaron, ¿verdad?

—Se le pueden dar garantías.

—¿Qué clase de garantías?

—Fíjelas usted mismo.

Philby alzó un poco la cabeza.

Miró fijamente al individuo que estaba ante él.

—Hace poco, tal vez hubiera accedido —dijo—. Incluso es posible que con gratitud y todo. Pero ahora es demasiado tarde. Puede decirle a su dueño, sea quien sea, que no trataré con granujas, capaces de intentar asesinar a un niño. Y que no venderé a ningún precio. Que intenten matarme otra vez… si pueden.

El hombre sonrió.

Tenía una sonrisa extraña, casi siniestra, con el cigarrillo colgando de sus labios.

—Lo diré. Pero ha sido la última oportunidad, Philby.

—No me da miedo.

—Pues debería tenerlo… El jefe no amenaza en vano.

—Si me matan, nunca conseguirán esa escritura de venta.

—No se fíe de eso. Quizás hayamos cambiado de táctica.

—¿En qué sentido?

—Usted es un hombre solo. No tiene herederos ni nadie que se haga cargo de sus bienes. Cuando muera, todo se combinará de forma que el jefe se apodere del saloon. Ahora ya sabe lo que le aguarda. Ahora ya sabe que ha perdido su última oportunidad y que no le queda más camino que morir.

—¿De veras? ¿Y quién me matará? ¿Usted?

—Ése es otro asunto.

Philby hizo:

—¡Bah!…

Y volvió la espalda.

Fue entonces otra vez cuando aquella voz pareció sonar en su interior. Cuando aquel rumor interno le dijo de nuevo: «¡Cuidado, Philby!».

Acababa de recordar algo, algo que había visto, pero a lo que no dio importancia en el primer instante.

¡El cigarrillo que estaba fumando aquel hombre!

Al consumirse el tabaco de la punta, parecía como si detrás de él hubiera un pequeño tubo de metal. ¡Como si aquello fuera en realidad una cerbatana!

Se volvió instantáneamente.

La aguja soplada con fuerza por su enemigo ya estaba en el aire. Ya volaba hacia su nuca.

Lo único que salvó a Philby fue el hecho de que su nuca no estuviese allí. Caso de no haberse, vuelto con tanta rapidez, habría muerto con seguridad absoluta.

La aguja atravesó el aire con fuerza, y fue a clavarse en la columna próxima.

Era lo bastante pequeña para no producir la muerte. No, no resultaba peligrosa por su tamaño. Pero debía estar impregnada con el suficiente veneno para dejarle a uno seco en menos de diez segundos.

El hombre que ahora estaba frente a John comprendió que había fallado el golpe.

Lanzó un rugido, mientras su derecha volaba hacia el revólver.

Philby se dejó caer a tierra, mientras «sacaba». Sólo por unos segundos fue más rápido que su enemigo.

Tiró una vez, de abajo arriba, y lo vio contorsionarse. El «Colt» aún trató de apuntarle.

Philby se vio obligado a disparar otra vez. Su enemigo se contorsionó de nuevo, y esta vez fue la última. Cayó pesadamente, mientras soltaba el revólver.

Philby no llegó a guardar el suyo. Presentía que aquello era sólo el principio.

E hizo bien en conservar el «Colt», porque en aquel momento se

desencadenó el infierno.

CAPÍTULO X

Los dos hombres que estaban tranquilamente sentados en el pescante del carromato, y que parecían no haberse enterado de nada, movieron ligeramente las manos al mismo tiempo.

—Bueno… Rod ha fallado. Adelante.

El carromato se despegó de la acera. Iba completamente cargado de paja, y jamás se vio en las calles de Santa Pe un trasto más inofensivo que aquél. Al menos, eso parecía.

Philby ni siquiera se fijó en el carromato.

Miraba solamente los tejados fronteros, desde donde podía acecharle algún tirador. Ahí veía él el peligro.

Pero en los tejados no había nadie. El carromato pasó entonces por delante del joven.

Éste confiaba ya. Incluso estuvo a punto de guardar el revólver.

Pero se fijó, de pronto, en el carro. Y hubo algo que también le gritó en su interior: «¡Cuidado, Philby!».

John había llegado a pensar, a veces, que tenía un sexto sentido. Y eso no era realmente verdad, porque el sexto sentido no existe. Lo que sucedía era que Philby resultaba un agudo observador, y sabía sacar conclusiones rápidas. Ahora se fijó, por ejemplo, en que la paja iba amontonada sobre el carromato, lo que no resultaba lógico en modo alguno. Lo normal era que fuera en forma de pacas, ya que, de otro modo, tal como la transportaban ahora, la irían perdiendo por el camino.

Allí se podía apostar doble contra sencillo a que… ¡la paja ocultaba a alguien!

Philby alzó su revólver hacia allí.

En aquel momento un bulto humano emergió entre la paja, que pareció saltar en todas direcciones.

Era una buena encerrona. El tipo debía haberle estado observando por medio de un tubo de metal o de cartón que pasaba por entre la paja. Y ahora salía, dispuesto a actuar.

Hubiera tenido todas las ventajas, caso de atrapar descuidado a Philby, pero ahora la situación era distinta. Los dos dispararon materialmente a la vez.

La vida fue del más rápido. El traidor dio una vuelta entre la paja, y la que estaba más cerca de él se manchó de sangre. Se oyó un largo y agudo grito.

Philby sabía que no iba a tener que disparar otra vez, al menos contra aquel individuo. Pero sí contra los otros.

Los del pescante se habían movido también, sacando rifles de debajo del asiento.

Apuntaron precipitadamente y con demasiado nerviosismo. Philby tenía ahora ventaja sobre ellos.

Disparó dos veces, y las dos sobre seguro. Sus enemigos chillaron y cayeron del pescante abajo.

Uno de ellos cayó bajo las ruedas, mientras los caballos relinchaban y partían al galope Si ya no estaba muerto por la bala, el atropello acabó de dejarle seco. El otro aún cayó en pie, intentó sostenerse mientras avanzaba cosa de media yarda, y terminó por desplomarse pesadamente, sin vida, sobre los peldaños que subían al porche del otro lado de la calle.

Ahora sí que Philby guardó el revólver, después de recargarlo.

Suponía que las encerronas habían terminado por aquel día. No era posible que le hubieran preparado más trampas.

En torno suyo se había hecho un círculo de muerte y de silencio. Nadie osaba acercarse a él. Todo el mundo miraba como obsesionado los cuatro cadáveres, caídos en las más violentas posturas a lo largo de la calle.

Philby suspiró:

—Creo que merezco descansar… —dijo—. Voy a convertirme en el primer cliente de mi saloon…

CAPÍTULO XI

Entró en el local, que estaba polvoriento y abandonado como el día en que lo adquirió, y buscó en los anaqueles, confiando en que tal vez quedaría alguna botella por estrenar.

No había ninguna a la vista, pero sí debajo del mostrador. Era el *whisky* de mediana calidad. Philby la descorchó y bebió directamente un trago.

Luego paseó su mirada por el local.

¿Era posible que aquello valiera tanto? ¿Que por eso se matara y se muriera?

No, no tenía sentido.

Si el banquero Donald quería el local para ampliar sus oficinas, podía haber ideado otros medios. Por otra parte, ¿qué valor podía tener aquello? ¿Quizá había un pozo de petróleo en el subsuelo del local?

Aunque lo hubiera, nadie podría explotarlo, en el centro mismo de la ciudad. Y, por otra parte, nadie descubre el petróleo sin hacer prospecciones, las cuales era evidente que allí no se habían hecho.

Pero alguna otra riqueza debía haber. ¿Oro, quizá?

También, para descubrir oro, hace falta arañar el terreno, efectuar análisis, realizar trabajos que allí no se habían hecho ni era posible hacer. Entonces, ¿qué valor tenía aquello?

Philby cada vez lo entendía menos.

Bebió otro trago, y entonces oyó unos leves pasos a su espalda.

Pero en este caso no se alarmó, porque en aquellos pasos había algo distinto: eran de mujer.

La voz de Judith dijo, poco a poco:

—Sabía que te encontraría aquí.

Philby se volvió.

La muchacha iba vestida con la sencillez de siempre, pero a Philby le pareció más hermosa que la primera vez. Y es que, como había notado ya, la belleza de Judith era de las que entran poco a poco, como un licor que parece suave, pero que sube a la cabeza y acaba tumbándole a uno. Le dio la sensación de estar algo pálida, pero eso era lógico, teniendo en cuenta el infierno que para ella había significado el día anterior, cuando Tuck desapareció y dos granujas estuvieron a punto de ultrajarla.

Trató de sonreír y dijo:

—Hola, Judith. ¿Apetece un trago?

—No, ahora, no.

—Creí que habías venido a la «inauguración» de mi saloon.

Ella paseó en torno suyo una mirada patética.

—Esto es como una tumba —dijo.

—Sí, pero ya verás cuando esté arreglado. No va a conocerlo nadie. Ni yo, desde luego.

—De eso quería hablarte, Philby. Sé que acabas de matar a cuatro hombres.

—No ha sido culpa mía.

—Uno de mis alumnos estaba sentado en el porche. No sé si lo habrás visto mientras hablabas con el hombre que te pidió fuego para engañarte. El pequeño ha oído lo que decíais, y me lo ha contado a mí.

—Las mujeres acabáis enterándoos de todo —reconoció Philby —. Por eso el engañaros es un deporte tan peligroso.

—Te han ofrecido un precio por este local. ¿Por qué no lo vendes?

—Porque luego me liquidarían igual, para robarme lo que me acababan de pagar.

—¿No es ése un riesgo más pequeño que el que estás corriendo ahora?

—Tal vez, pero hay otras razones —dijo él secamente—. Asesinaron a una mujer. Trataron de matar a Tuck, sólo por haber ayudado. Por la misma razón, quisieron ultrajarte a ti.

Ella le miró, palideciendo aún más, mientras entrecerraba los ojos.

—Entonces, lo que quieres es vengarte…

—Quiero vengar a todos los que han sufrido por culpa de esa

gentuza. Y lo haré.

—Philby… Por un momento, llegué a creer que eras un hombre de paz.

—¿Te alegraría que lo fuese?

—Sí. Con toda mi alma…

—¿Por qué crees que dejé los federales? —preguntó él, roncamente—. Porque toda la vida hubiera tenido que estar haciendo eso: matar para no morir. Quería ser un hombre de paz, quería incluso tener un negocio y ser uno de esos individuos tranquilos que tienen una familia y ven pasar los años. Pero no me han dejado. No volveré a ser un hombre pacífico hasta que esa pandilla haya pagado todo el daño que está haciendo.

—Pero… ¡pero si ni siquiera sabes quiénes son!

—Lo averiguaré.

Judith se mantenía quieta a unos pasos de él. Sus ojos se habían enturbiado, como si una honda pena estuviera pasando por ellos.

—Lo siento, Philby —murmuró.

—¿Por qué has de sentirlo? Eso no te afecta.

Judith apretó los puños. Dio la sensación de que esas palabras, pronunciadas con indiferencia, habían sido para ella como una bofetada.

Se volvió bruscamente.

—Sí —dijo en un murmullo—. No me afecta; en eso tienes razón.

Y salió como había entrado; como si fuese una sombra.

Philby la vio desaparecer. Estaba boquiabierto.

¿Por qué ella había hablado así? ¿Es que acaso tenía algún interés especial en lo que Philby hiciera?

El joven movió la cabeza.

No, no debía pensar en eso. No tenía ni que soñar en la posibilidad de un amor entre él y aquella dulce muchacha.

Bebió otro trago, y se dispuso a realizar aquello por lo cual había ido allí. Quería inspeccionarlo todo. Inspeccionar hasta los últimos rincones del saloon.

Empezó a examinarlo todo con la mayor atención, como si estuviese realizando una investigación ordenada por sus jefes.

Pero a pesar de que Philby era muy observador, como había demostrado en numerosas ocasiones, no pudo encontrar nada

anormal, nada que le llamase la atención. Todo tenía el aspecto clásico del local abandonado.

Se asomó por una de las ventanas.

La parte posterior del saloon daba a un pequeño desnivel de unos ocho metros de profundidad. Allí se habían ido vertiendo tierras y materias residuales. Si bien por la parte delantera aquella zona era la mejor de Santa Fe, por la parte posterior no podía decirse precisamente lo mismo.

Vio el edificio vacío a la derecha, y luego el Banco. El vertedero ya no llegaba hasta allí.

Philby cerró la ventana y avanzó por el pasillo. El cuadro a gran tamaño del viejo Kruger, que ya había visto antes, ocupaba parte de la pared. El marido de la tentadora Lorena parecía más fofo y más birria que nunca.

—No me extraña que ella quiera resarcirse —murmuró—. Creo que lo mejor que puedo hacer es darte la vuelta para no tener que mirarte nunca más.

Y fue a girar el cuadro. Pero en ese momento una voz murmuró:

—Yo no lo haría.

Philby no se volvió.

Sin moverse, preguntó con voz suave:

—¿Por qué? ¿Es que aún lo recuerda con cariño, Lorena?

—Nada de eso. Es que prefiero ver si le cambia la cara cuando yo haga «esto»…

Y alzó los labios hacia Philby, enroscándole al cuello los brazos.

Philby murmuró:

—Al que le va a cambiar la cara es a mí, nena…

CAPÍTULO XII

El *sheriff* guardó la serie de pasquines que había sacado, tras examinarlos atentamente.

—No puedo acusarle de asesinato, Philby —dijo—, porque en todos los casos las muertes estaban justificadas. Ahora bien, desde que usted llegó, esta ciudad no ha estado en calma.

Philby, sentado al otro lado de la mesa, movió los brazos como disculpándose.

—¿Y qué puedo hacer yo, *sheriff*?

—No lo sé… Quizá fuera mejor vender ese local otra vez. He oído decir que le hacen una oferta…

—Yo no trato con asesinos.

—Desde luego, y lo considero muy razonable. Pero entre una cosa y otra es como si viviéramos en un volcán. Dentro de un par de días, con la feria ganadera, esto se llenará de gente. Para que no falte nada, llegará el carro blindado.

—Ése es otro asunto.

—Sí, pero el carro blindado siempre trae jaleo. La gente lo mira y se apasiona por él. Habrá quizá medio millón de dólares guardado en el Banco, y diez hombres para vigilarlo. Todo eso trae complicaciones, compréndalo. No quisiera que, además, hubiera otras muertes por el motivo de su condenado saloon.

—No mataré si no me atacan, *sheriff*.

—Procúrelo. Y piense que no siempre podrá alegar defensa propia.

El joven se puso en pie.

—De acuerdo, *sheriff*, pero dígame si ha deducido algo de los pasquines que acaba de mirar. Por lo que veo, casi todos los hombres a los que maté eran gente reclamada. Usted tiene sus caras

ahí, y los precios que se pagaban por cada uno de ellos.

—Quizá pretende cobrarlos… —murmuró el *sheriff*.

—No, nada de eso. Sólo quiero saber para quién había trabajado últimamente.

—¿Cree que con eso averiguará alguna cosa?

—No lo sé, pero he de probarlo todo.

—Bien… Lo único que puedo decirle es que esa gentuza no parecía tener un jefe fijo. Iban allí donde había dinero o esperanzas de obtenerlo. Pero en los últimos tiempos trabajaron para Gordon.

Philby susurró:

—Gordon…

—¿Lo conoce?

—Me ordenaron perseguirle cierta vez, cuando yo trabajaba para el Gobierno.

—Y no lo capturó, supongo.

—No, no pude dar con él. Cuando tenía una pista, me sustituyeron para encargarme otro trabajo. Lo extraño del caso es que de Gordon nunca más volvió a saberse nada. Era como si se lo hubiese tragado la tierra.

El *sheriff* murmuró:

—Dijeron que había muerto.

—Es posible. Lo extraño es que esos hombres, que habían trabajado para él, hayan aparecido ahora aquí.

—No piense más en ello. Esos tipos aparecen por cualquier parte.

Y el *sheriff* cerró definitivamente el cajón, como dando por terminado el asunto.

Philby se encasquetó el sombrero de nuevo, mientras trataba de sonreír cordialmente.

—De todos modos, gracias, *sheriff*. Y procuraré no darle más sobresaltos, a partir de ahora.

Salió a la calle, para dirigirse al Banco.

Pero desde uno de los balcones que daban a la calle principal, un hombre le estaba mirando.

Philby se detuvo.

Tenía la extraña, la oscura sensación de que unos ojos estaban clavados en su nuca.

Era algo indescifrable, que no lograba definir, pero sentía como

si aquellos ojos quemasen.
Se volvió poco a poco.
Sus ojos parecieron seguir la dirección de aquella mirada que antes había notado en su nuca.
Y vio al hombre.
El hombre estaba frente a él, a unos doce pasos, ocupando el centro del balcón más llamativo de todos los que daban a la calle principal. Seguía mirando a Philby, pero éste no lo notó.
Es decir, no veía a un hombre…
«Qué tonto soy —pensó—. Había llegado a imaginar que…».
Y se dirigió hacia el Banco de Donald, donde pensaba solicitar el préstamo.
El hombre que estaba en el balcón, mirando a Philby, retrocedió un paso lentamente.
Y volvió a convertirse en un ser humano como los otros. Un ser humano que apretaba los puños nerviosamente y cuyos ojos despedían llamaradas de ira.
—No lo toleraré… —masculló—. Sigue con vida, y paseándose por delante de mis ojos… Es como un desafío. He de acabar con ese tipo, cueste lo que cueste. Philby ya no tiene que vivir esta noche.
Los dos hombres que estaban al fondo de la habitación, lejos del gran balcón que permitía verlo todo desde la calle, asintieron silenciosamente.
—No es tan fácil —dijo uno de ellos.
Y el otro murmuró:
—Tira como si le hubiesen enseñado en el mismísimo infierno.
—Lo sé.
—Desafiarle es inútil. Acabará con los que se le pongan delante, aunque sean tres hombres a la vez.
—No, no quiero cometer ese error. Hay que prepararle una buena trampa.
—Bastante buena era la de la aguja envenenada. Y la del carro de paja, por si fallaba. Y todo se fue al diablo.
El hombre unió ambas manos a su espalda, mientras paseaba nerviosamente de un lado a otro.
Estaba al fondo de la habitación, de modo que desde la calle nadie le veía.
—Hay una persona por la cual ese hombre iría adonde fuese —

murmuró—. Y no es precisamente Judith.

—El niño…

—Justamente. He pensado que podríamos raptarlo, y pedir a Philby un rescate. El rescate consistiría en la escritura de venta de su saloon. Naturalmente, eso sería lo de menos. Lo importante es que él acuda a un sitio determinado, pensando que con la escritura ya tenemos bastante. Pero una vez la tengamos en nuestro poder, le coseremos a balazos. Él, por el pequeño, irá donde sea.

—Podría ser una solución —dijo uno de los que estaban en la pared del fondo.

—Pues ponedlo todo en marcha. Raptad a Tuck es sencillo, porque siempre va sólo al bosque a cortar ramas para la chimenea de la maestra. Luego, hay que escribir una carta a Philby. Y citarle a medianoche en la encrucijada donde nosotros nos encontramos al venir a Santa Fe. De los restantes detalles, me encargo yo.

Los dos hombres se despegaron de la pared. Parecían sombras fantasmales, siempre silenciosas.

Sólo uno murmuró:

—De acuerdo…

CAPÍTULO XIII

Philby leyó la carta.

Estaba escrita con letra clara, que no supo decir si de hombre o de mujer. Las órdenes que se le daban en ella eran tajantes y sencillas.

Con voz espesa murmuró:

—¿Es eso cierto?

No necesitó preguntarlo otra vez. Los ojos de Judith, anegados en llanto, eran la mejor prueba.

—He venido a decírtelo, Philby. No he querido acudir al *sheriff* porque sé que lo matarán. Tuck no volvió a casa anoche. Quería que lo supieras, y veo que ya tienes esta carta…

Philby dio varias vueltas al papel, entre sus dedos.

—Sí —dijo—. Las cosas han ido aprisa.

—¿Qué vas a hacer?

—Iré.

Judith entrelazó los dedos con angustia.

—Sé que debería pedirte que no lo hagas. Porque es muy posible que te maten.

—Desde luego. Quizá hayan pensado tener conmigo esa pequeña amabilidad.

Judith contuvo un sollozo.

—Debería pedirte eso, pero no tengo valor porque sé que si no vas, matarán a Tuck. Y yo le quiero como a un hijo…

Philby entrecerró los ojos.

—Eso he notado desde el principio. Pero ¿qué sabes de sus padres? ¿Cuál es, en realidad, la historia de Tuck?

—No tiene historia. Es, simplemente, un niño abandonado. No sé qué le hubiera ocurrido sin mí.

—Precisamente por eso voy a ir, Judith.

—Pero…

—Ni una palabra más. No, no quiero que digas una sola palabra.

Y añadió:

—Yo diré solamente una.

Judith le miró con expresión dramática. Pensó que iba a ser una palabra trascendental, una palabra que lo decidiera todo.

Pero Philby sólo dijo:

—¡Chata!

Y salió de la habitación.

La encrucijada correspondía a dos caminos que ya no se usaban, porque desembocaban en una marisma algo más abajo. Era uno de los parajes más solitarios y siniestros que Philby había visto en su vida.

Descendió del caballo lentamente.

Como le habían indicado, no llevaba armas.

De las sombras surgió otra más espesa. Vio brillar quedamente el cañón de un rifle.

—Quieto.

—Ya lo estoy —dijo Philby—. Lo único que se me mueve es la lengua para hablarte a ti, bastardo.

El otro lanzó una maldición.

—Apoya las manos en ese árbol.

—Bien…

Las apoyó, quedando así de espaldas a su enemigo. Éste le cacheó para convencerse de que no llevaba armas.

—¿Y la escritura? —preguntó.

—Ya la he firmado, cumpliendo vuestras instrucciones.

—¿Es el mismo documento que te enviamos?

—El mismo. Pero ¿quién es la Louis Company?

—La sociedad que te compra el local.

—¿Quién la forma?

—Eso no te importa. Tú cobras y en paz.

Philby rió silenciosamente.

—De acuerdo, pues a cobrar…

Alguien dijo a su espalda:

—Sí, a cobrar.

El culatazo hizo caer de espaldas a Philby. Tuvo que apoyarse

penosamente en el árbol para no desplomarse del todo.

—¡Malditos canallas!

Veía confusamente a tres hombres junto a él. Los tres llevaban rifles, con una de cuyas culatas le habían golpeado.

—La escritura…

—Está en el bolsillo de mi camisa…

—¿Cuál de ellos?

—El derecho…

Una mano se movió hacia allí.

—Va en un sobre… —susurró Philby—. No tienes más que romperlo…

—No necesito que me digas lo que he de hacer.

La mano se introdujo en el bolsillo señalado y encontró efectivamente un sobre. Sin detenerse a palparlo, lo rasgó e introdujo los dedos en él.

El grito de agonía pareció arañar la noche.

Hay escorpiones que tienen apenas el tamaño de una araña, pero que son igualmente venenosos. En el saloon comprado por Philby había bastantes, de modo que pudo elegir. Y el que ahora acababa de actuar estaba tan furioso a causa de su encierro, que sus pinzas aún se clavaban en los dedos del pistolero. Éste siguió lanzando aullidos, mientras intentaba desprenderse de él.

Philby no perdió ni un segundo.

Aquélla era sólo la primera parte de su plan. La segunda estaba en sus puños.

Lanzó un terrible zurdazo entre las sombras. Dio de lleno en una mandíbula, y oyó un grito de dolor.

Otro enemigo se lanzaba hacia él. Llevaba la culata por delante, para golpearle con ella.

Philby esquivó, y lanzó su derecha. Encontró una cara en el camino. Oyó otro aullido de dolor, mientras aquella cara parecía deshacerse en el aire.

El primer enemigo se lanzó de nuevo hacia él. No era el del escorpión, porque éste se había alejado, chillando como un loco. Philby también esquivó.

Estaban demasiado nerviosos, al parecer. No coordinaban sus ataques, y eso era ventaja para Philby.

Ahora alcanzó a su enemigo en el estómago. Le hizo toser.

Philby se dispuso a asestar un nuevo golpe, pero esta vez falló. El segundo enemigo había reaccionado a tiempo. Le alcanzó con un culatazo en el centro de la cabeza y le hizo desplomarse.

Otro golpe más. Philby perdió el sentido.

Lo único que pensó fue que su desesperado plan para salvar a Tuck y cazar a aquellos esbirros había fracasado.

Ahora el pequeño moriría…

No le hubiera dado vergüenza llorar, tan desesperado estaba en este momento.

Pero ni de eso tuvo tiempo. Bruscamente, se hundió en un océano negro, donde sólo imperaban las sombras.

—¡Pronto! ¡A la cabaña!

La cabaña era una construcción de madera y paja que estaba en las cercanías. Philby fue sujetado por los pies y arrastrado hacia allí como un fardo.

—¡Ese condenado! ¡Me ha deshecho la cara!

—No te preocupes; pronto lo pagará.

—Yo quiero verlo todo… ¡Quiero oír sus gritos!

—Los oirás, no te preocupes.

En la cabaña había luz. Un quinqué con la llama muy baja la alumbraba. Se veía en el suelo al pequeño Tuck, atado y amordazado, con los ojos dilatados por el miedo.

Philby fue colocado junto a él.

—Vamos a atarle.

—Con mucho gusto… Es la cosa más agradable que he hecho en toda mi vida…

—No… Lo más agradable será impregnar de keroseno todo esto y prenderle fuego. Y oír sus alaridos… Mañana no quedará ni rastro de los dos.

—¿Guardas la escritura? ¡No vaya a quemarse!

—¡Claro que la guardo!

Cuando estuvo Philby bien atado, los dos hombres se apoderaron de sendas latas que yacían en el suelo de la cabaña.

—Oye, ¿y Martin?

—El escorpión le picó bien… No pienses más en él. Si no encuentra al médico antes de diez minutos, cosa que dudo, no llegará a ver el amanecer.

Un puntapié se abatió sobre las costillas de Philby.

—Quería hacemos caer en una trampa… ¡El condenado!…

—No le pegues más. ¡Ya no siente nada!

—¡Pero tiene que estar despierto cuando la cabaña se queme! ¡Quiero que se de cuenta!

—¡Claro que se dará cuenta! ¡Vamos! ¡Aprisa!

Los dos asesinos se movieron rápidamente. Estaban presos de gran excitación, y sus movimientos eran casi febriles. El contenido de las latas del inflamable keroseno roció las paredes de la cabaña. Ahora sólo hacía falta un fósforo para que todo se fuera al infierno. La combinación de paredes de madera seca y techo de paja era que ni pintada para lo que ellos se proponían.

Cuando todo estuvo terminado, ambos se miraron, satisfechos.

Se oía gemir sordamente a Philby dentro de la cabaña. Sin duda, estaba recuperando el conocimiento, pero aún no se daba perfecta cuenta de dónde se encontraba.

—Pronto lo averiguará —murmuró uno de ellos—. Y va a tener una condenada sorpresa…

El que había hablado fue a rascar un fósforo.

Y en aquel momento una voz susurró:

—Tenéis mucha prisa…

El fósforo cayó a tierra. Los dos hombres se volvieron, sobresaltados.

En sus manos brillaban los revólveres.

Pero no dispararon al ver la persona que estaba detrás de ellos.

—Usted… —barbotó uno de ellos.

—¿Qué hacéis aquí?

—Ya tenemos la escritura de venta. Vamos a acabar con ese imbécil de Philby y con el pequeño que le ayudó.

—¿Sí?

—¿Quiere verlo? Será divertido…

Aquella persona que estaba frente a ellos no contestó.

Tenía los labios apretados. Parecía pensar en todo aquello, como si aún no hubiese tomado una decisión.

—Guardad los revólveres —dijo, de pronto—. ¿Por qué me estáis apuntando a mí?

—Tiene razón. Perdone…

Los dos granujas guardaron sus armas. Entonces, volvió a oírse la voz:

—De modo que también está el niño…

—Sí. Va a tener la misma muerte que Philby…

—¡Soltadlos!

—Pero… ¿Qué? ¿Cómo quiere decir?

—¡He dicho que los soltéis! ¡Y ahora!…

Los dos hombres vacilaron un momento.

Parecían no entender aquello, y no sabían si obedecer o no.

De pronto, un pequeño revólver apareció en la derecha de la persona que tenían enfrente.

Era un «Derringer» de dos balas. Había, por tanto, suficiente ración para cada uno de ellos.

—¡Vais a hacerlo! ¡Y ahora mismo…!

Uno de los granujas intentó sacar un cuchillo. Todo aquello no le parecía normal. No le gustaba.

Se tambaleó al recibir el balazo en el pecho.

La persona que estaba frente a él había disparado fríamente. Lanzó un alarido mientras se revolvía, frenético, sintiendo que el dolor llegaba hasta sus entrañas.

Una pierna pareció volar por los aires. Un zapato se clavó en su estómago.

El herido cayó hacia atrás, dentro de la cabaña.

Al otro le temblaba la mandíbula. Veía el «Derringer» apuntar a su cabeza.

—¿Tú también vas a pensarlo?

—No… ¡Yo obedeceré!

—Pues aprisa.

El pistolero entró. Desató instantáneamente a Tuck, que se daba cuenta de todo, y luego a Philby, que apenas entendía lo que estaba sucediendo, porque en su cabeza seguía escuchando como un trueno, después de los golpes.

Hecho eso, se volvió hacia la puerta.

—Ya está…

De pronto, sus facciones se dilataron. Lanzó un grito de horror.

—¡Nooo!…

La bala del «Derringer» le alcanzó también en el pecho. Se desplomó en el centro de la cabaña.

Philby se tambaleaba. Veía confusamente la puerta, pero no tenía fuerzas para llegar hasta ella.

Tuck se colgó de él.

—¡Vamos! ¡Salga de aquí, Philby! ¡Esto puede arder!

Los dos se dirigieron hacia la salida.

Philby veía confusamente las estrellas. Quizá hubiese caído, de no estar junto al pequeño. Se alejaron de la cabaña.

En aquel momento, vieron una pequeña llama.

Se había producido a cierta distancia de la casa, y pareció extinguirse enseguida. Desde luego, no distinguieron a la persona que la había encendido. Sólo notaron que la llama se reproducía en el suelo, extendiéndose por él.

¡Era un reguero de pólvora! ¡E iba hacia la casa!

Philby se dio cuenta de que dentro de ella había dos hombres heridos, que no podrían salir por sus propios medios. Aquello le despabiló instantáneamente.

¡Tenía que sacarlos de allí! ¡No quería que tuviesen la muerte que iban a darle a él!

Avanzó unos pasos hacia la cabaña, pero en aquel momento cayó de rodillas, al tropezar con un tronco.

Los propios golpes que los forajidos le habían propinado impidieron que les salvara. En circunstancias normales, teniendo la plenitud de sus fuerzas, Philby hubiera llegado hasta ellos. Así, le fue imposible del todo.

La llama se extendía velozmente sobre el reguero de pólvora, hasta llegar a las tablas de la cabaña, impregnadas con keroseno.

Uno de los forajidos estaba ya casi en la puerta. Miró con ojos desencajados la muerte que se aproximaba a él.

—¡Nooo!… —aulló—. ¡Nooo!…

Se produjo como una explosión.

La gran cantidad de líquido incendiario que ellos mismos habían derramado, hizo que todo se desarrollara velozmente, durante unos minutos que, sin embargo, a Philby le parecieron largos como siglos.

Estuvo seguro de que jamás olvidaría aquello. De que para siempre le parecería estar oyendo ya los gritos angustiosos de los dos hombres que morían dentro de la cabaña, incapaces de salir de ella.

Tuck tiró de él.

—Por favor… ¡No puede hacer nada! ¡Vámonos de aquí!

Philby se tambaleó. En su cabeza parecía seguir sonando un trueno.

—Pero ¿quién ha hecho esto? ¿Quién?…

—No lo sé… ¡No se ve a nadie!

En efecto, el misterioso personaje que les había salvado la vida, condenando a los dos forajidos a tan horrible muerte, había desaparecido entre las sombras.

Como si formara parte de la noche misma.

Philby y Tuck se alejaron, poco a poco. Entre las llamas ya no se oía ningún grito…

CAPÍTULO XIV

—¡Llega el carro blindado!

La expectación era enorme en todas las calles de Santa Fe. Había ya muchos forasteros que lo llenaban todo, que abarrotaban los hoteles y que pululaban por las calles. En los alrededores de la ciudad, en cercados especialmente dispuestos, centenares de reses seleccionadas, la mayor parte de ellas destinadas a crianza, esperaban comprador. La feria de ganado iba a empezar, pero ahora nadie pensaba en ella, porque todos estaban pendientes del carro blindado.

Éste avanzaba poco a poco por el centro de la calle principal.

Un doble cordón de espectadores apenas le dejaba paso. A los jinetes que custodiaban la conducción de oro les resultaba difícil avanzar.

Como siempre, el carro blindado había llegado a su destino, sin novedad. Y verdaderamente, era difícil que una banda, por organizada que estuviese, se atreviera a atracar aquello.

Philby lo vio avanzar desde la ventana de su habitación de hotel.

El vehículo era una diligencia como las otras, pero sin ventanas. Toda ella estaba revestida de chapa de acero, una chapa lo bastante gruesa para que ni las balas de rifle pudieran atravesarla. Dos troneras se abrían en ella, una por cada lado. Desde allí, dos hombres que estaban en el interior, podían responder con ventaja al fuego que se les hiciera desde cualquier sitio.

Los del pescante también quedaban prácticamente cubiertos, de forma que sólo por delante se les pudiera atacar. Y como eran tres —dos tiradores y un conductor—, la cosa no debía resultar fácil.

Hasta los caballos iban protegidos por chapas de acero articuladas, lo cual les daba un extraño aspecto de corceles de la

Edad Media, de los que transportaban sobre sus lomos a guerreros protegidos con armaduras y yelmos. Pero la verdad era que aquéllas podían detener, al menos, las balas que fueran lanzadas desde lejos, y significaban para los caballos una ventaja nada desdeñable.

Por fin, los diez jinetes que protegían aquella conducción, parecían tipos experimentados y duros. Philby había trabajado muchas veces con hombres así, y sabía que no resultaba fácil vencerles. La conducción de oro que llegaba hasta el banquero Donald estaba, pues, en buenas manos.

Desde el balcón más llamativo de la calle principal, protegido por cristales, un hombre miraba también el carro blindado. Sin embargo, no tenía figura de hombre. Estaba a la vista de todos y, no obstante, nadie se fijaba en él, nadie sabía quién era. Los ojos de aquel hombre relampagueaban con furia.

Pero estaba dispuesto a tomar una decisión. El carro blindado acababa de llegar, y ya no podía demorar la operación por más tiempo.

Mientras tanto, Philby había abandonado la ventana.

Miró hacia atrás, hacia el interior de la habitación. Realmente, valía más la pena el espectáculo de dentro que el de fuera. Porque si el carro blindado llamaba la atención, con sus impresionantes defensas y sus jinetes cubiertos de polvo, aquella mujer, sentada en una silla y con las piernas cruzadas despreocupadamente, constituía un espectáculo mucho más sugestivo.

Philby miró a Lorena Kruger y murmuró:

—Bueno, ahora Donald ya tendrá dinero.

—¿Va a concederte el préstamo?

—Me dijo que aguardase hasta hoy o mañana, hasta que el carro blindado llegara sin novedad. Y veo que ha llegado.

—Nadie se hubiera atrevido a atacarlo. Haría falta una banda de veinticinco hombres al menos, y de ésas no las hay, por el momento, en Nuevo México.

Echando un poco la cabeza para atrás, añadió:

—He venido porque me resultaba difícil no verte. El otro día, en él saloon, me hiciste sentirme joven otra vez.

—Tú eres realmente joven… No tienes por qué vivir de nostalgias.

—No lo pienses. Kruger, mi difunto marido, me impidió

sentirme mujer en el verdadero sentido de la palabra. La vida junto a él era un continuo bostezo.

—¿No notaste eso enseguida, sólo al conocerle? A juzgar por su retrato, Kruger era de esos tipos que no engañan. Cualquier mujer hubiera adivinado que echaría tripa enseguida, y que era de esos que se acuestan con camisa larga y gorro de dormir.

Lorena sonrió tristemente.

—Sí, eso es cierto.

—¿Por qué te casaste con él?

—Tenía algún dinero.

—¿Tanto lo necesitabas?

—Verás… Mi vida no había sido fácil.

—Lo siento. Quizá mereciste algo mejor.

—No lo sé… Yo misma me endurecí tanto, que al final ya no sabía si era buena o mala. La vida, que nunca perdona, me dio tantos bandazos, que al final llegué a ir a la deriva. Kruger fue para mí como una tabla de salvación. Una tabla vieja y despintada, pero que me permitió sostenerme a flote.

Se puso en pie lentamente, mientras miraba a Philby.

En sus ojos había una fijeza especial, una fijeza casi hipnótica.

—De todos modos, aún no es tarde —murmuró—. Lo comprendí el otro día, en el saloon, ¿sabes? Si quisieras, tú y yo podríamos emprender una nueva vida.

Se acercó a Philby. Los labios buscaron los del hombre.

Pero Philby no la besó.

Con voz que era suave y cariñosa, pero firme, dijo lentamente:

—No soy el hombre que te conviene, Lorena. Creo que no nos convenimos el uno al otro.

—¿Por qué?

—Pues… Porque…

Ella le interrumpió bruscamente, casi con violencia:

—¡Tú estás enamorado de otra mujer!

—No, no se trata exactamente de eso. Sólo ocurre que he pensado en ti, en tu vida. Y me he dado cuenta de que…

Ella arqueó los labios.

Pareció como si fuera a decir algo duro, algo doloroso, sin dejarle continuar.

En aquel momento, golpearon con los nudillos en la puerta.

Ambos se separaron.

—Adelante —murmuró Philby.

Un hombre vestido con camisa y pantalón largo, sin botas ni armas, apareció en el umbral. Miró a Lorena Kruger con mal contenido deseo.

—Señor Philby —dijo—, puedo empezar a trabajar ya en el saloon. ¿Cuándo quiere que le echemos un vistazo juntos, para saber por dónde hay que empezar?

—Ahora mismo.

—Pues vamos allá.

Philby se dirigió hacia la puerta, quizá contento por haber dejado aquella conversación, mientras murmuraba:

—Perdóname, Lorena.

Ella dijo, con voz que podía parecer sarcástica:

—Estás perdonado…

Los dos hombres salieron a la calle. El carro blindado había entrado en un compartimiento especial del Banco, donde podía ser descargado sin que lo viese nadie. Muchos hombres aún se agolpaban ante la puerta, haciendo comentarios. La mayor parte eran ganaderos que, al día siguiente, para sus compras, retirarían fondos de aquel mismo Banco, empleando las cartas de crédito de que venían provistos. En un solo día, seguramente, el medio millón quedaría reducido a la mitad.

Philby pensó maquinalmente que si alguien quería atracar el Banco tenía que hacerlo precisamente aquella noche. Pero ¿quién iba a atreverse a una cosa así? Llevarse por delante el carro blindado era muy difícil, pero atracar el Banco parecía imposible. Aparte de la vigilancia normal, diez hombres especializados no lo perderían de vista ni de día ni de noche.

Frente a su saloon no había nadie. Parecía como si la ciudad hubiera terminado unas yardas más allá, donde estaba el establecimiento bancario de Donald.

El operario que iba junto a Philby murmuró:

—Hay expectación, ¿eh?

—Mucha.

—Las cosas de dinero siempre interesan a la gente. Medio millón de dólares es algo que encandila muchas imaginaciones.

—Desde luego.

—Ahora que recuerdo…

Philby le miró.

—¿Qué?

—He olvidado mi cinta métrica. ¡Qué imbécil soy! No puedo hacer nada sin ella.

—Eso no es tan grave. Vaya y búsquela. Yo le esperaré en el saloon.

—Bien. Son diez minutos…

—No se preocupe.

Philby entró sólo en el local. Éste, a pesar de haber sido limpiado ya, tenía el mismo aspecto sombrío de antes. Y también algo más, algo que parecía flotar en el aire, y que se captaba, no con los sentidos, sino con la imaginación. ¿Qué era? ¿En qué consistía aquella cosa especial que no era nada, pero que parecía poder palparse?

El joven dio unos pasos por la gran sala.

Le parecía que la respuesta a muchas de sus preguntas tenía que estar allí. Le parecía que todo el extraño misterio que rodeaba a aquel saloon, debía tener su explicación en el saloon mismo.

¿Pero dónde? ¿Y en qué consistía?

Se acercó al lugar donde estaba el retrato de Kruger.

Lo miró pensativamente, como si pudiera hablarle.

—Quizá tú lo sabes —murmuró—. Pero ¿qué puedes decirme? Tú ya estás en el otro mundo…

Dio un paso hacia el cuadro y lo rozó.

—Seguramente, no te gustaría que yo besase a tu viuda —siguió diciendo—. La verdad fue que ya quise volver el cuadro del revés, ¿sabes? Pero ella no me dejó.

Puso las manos en él, para girarlo.

Y se sorprendió. El cuadro parecía sólidamente clavado en la pared. Como si hubieran querido que, bajo ningún concepto, pudiera desprenderse de allí.

Philby arqueó una ceja.

Las mismas dotes de observación que le habían salvado tantas veces, empezaron a funcionar ahora. ¿Por qué un cuadro tan grande? ¿Y por qué sujeto a la pared con tanta fuerza?

Introdujo la punta de su cuchillo en uno de los rebordes.

Notó que otras personas debían haber hecho lo mismo antes,

porque el reborde estaba como mordido.

Desclavó el cuadro.

Y entonces tuvo que lanzar una exclamación de asombro, mientras lo soltaba, dejándolo caer al suelo.

¡Porque detrás del cuadro no había nada! ¡Porque, en realidad, era como una gran ventana!

Philby miró con más atención.

Más que una ventana era una especie de tragaluz. Un pozo de unos cinco palmos de diámetro, por el cual descendía una cuerda parecida a la que habría en el brocal de un pozo.

El joven no acababa de entenderlo bien, pero tiró de aquella cuerda, haciendo funcionar la polea, para subir lo que había abajo.

Era algo que pesaba ligeramente.

Cuando lo tuvo en las manos, descubrió que era un capazo lleno de tierra. Lo sacó, mientras sus pensamientos giraban vertiginosamente. Y en ese instante, recordó algo.

Fue hacia la ventana que daba a la parte posterior, y que otro día había abierto ya. Miró el pequeño despeñadero que se abría bajo aquella ventana. En él había bastante tierra, tierra reciente, y que era del mismo color que la del capazo que aún tenía en sus manos.

Lo dejó caer al suelo.

De pronto, lo había comprendido todo.

¡Galerías!

¡Alguien estaba haciendo, bajo el saloon, una galería que llegaba hasta el Banco! ¡Preparaba un atraco, del cual Donald no se daría ni cuenta, hasta que le hubieran desplumado del todo!

¡Ésa era la explicación! ¡Allí estaba el misterio que tantas víctimas había causado ya!

Fue de nuevo hacia el hueco donde estaba la polea Se introdujo por él.

Tenía que haber otra entrada, pero ahora no había por qué perder tiempo en buscarla.

Su cuerpo ágil y elástico pudo pasar por aquel estrecho espacio. Asido a las dos cuerdas, en cuya parte superior estaba la polea, fue descendiendo velozmente.

Una vez abajo, se encontró con una galería abierta en la tierra, tal como había supuesto. Pero no había la menor luz allí, por lo cual

no podía avanzar un paso, sin exponerse a caer.

Podía haber pozos o trampas, cuya existencia ignoraba.

Encendió un fósforo, y vio que la galería se prolongaba en línea recta. Como era de suponer, seguía en la misma dirección de la calle, hacia el Banco.

El fósforo se consumió en los dedos de Philby. La llamita apenas se había elevado, porque allí había muy poco oxígeno.

Iba a encender otro cuando una voz se oyó arriba:

—¡Señor Philby! ¿Dónde está, señor Philby?

El joven apretó los labios.

Diablo, ya no recordaba al operario que había ido a buscar su cinta métrica. La verdad era que regresaba en un momento muy poco oportuno.

Pero no podía dejarlo así, de modo que gritó:

—¡Eh, oiga! ¡Estoy aquí abajo!

¿Dónde?

—¡Acérquese al pasillo!

La cabeza del operario asomó arriba, por la ventana que antes ocultaba el cuadro de Kruger.

—¡Diablos! —exclamó—. ¿Qué es esto?

—No lo sé exactamente. Acabo de descubrirlo.

—Pues vaya sorpresa…

—¿Quiere hacerme un favor?

—Lo que diga, señor Philby.

—Avise al *sheriff*.

—¿Y qué le cuento?

—Dígale simplemente que venga. Lo que haya que contar ya se lo contaré yo. ¡Ah! Y que traiga un farol…

—Bien, señor Philby.

El operario desapareció.

El joven suspiró, ya más tranquilo. Había descubierto aquello a tiempo, afortunadamente. Ahora el *sheriff* intervendría, y las cosas cambiarían por completo de aspecto.

No avanzó, puesto que quería esperar la llegada del *sheriff* para ayudarle a bajar.

Al cabo de unos instantes oyó pasos.

Pero era el operario otra vez. Al parecer, venía solo.

—Señor Philby…

—¿Y el *sheriff*?

—Estaba acabando de contar la carga del carro blindado. Dice que viene en unos minutos.

—De acuerdo… Espero que no lo alargue demasiado.

El otro gritó desde arriba:

—Yo tengo un farol, señor Philby. ¿Puedo bajar?

—Hágalo, pero tenga cuidado.

Un momento después, el operario estaba abajo.

En efecto, llevaba un farol.

Philby le señaló la galería que se perdía a lo lejos, en las tinieblas.

—Creo que acabo de descubrir algo importante —dijo—. Por eso he avisado al *sheriff*.

—Ha hecho bien.

—Realmente, he quedado muy sorprendido —dijo Philby, volviéndose de espaldas.

—Más va a sorprenderse ahora.

Y aquella cosa dura y metálica se clavó entre sus riñones. Philby comprendió algo que en el primer instante le pareció increíble. ¡Aquel individuo era un agente de los atracadores! ¡Lo habían enviado para vigilarle, para matarle, tal vez! Pero, por desgracia, lo había comprendido demasiado tarde.

Una mano se movió hábilmente a su espalda. En un solo instante, estuvo desprovisto del revólver.

—Muy bien… Ahora apóyate en la pared.

La luz del farol lo alumbraba todo con relieves espectrales. Una espesa sensación de silencio y de muerte lo envolvía, lo ahogaba todo.

—Siempre pensé que moriría al aire libre —susurró Philby—. Que moriría cara a la luz. Me repugna acabar como una rata, en un sucio sótano como éste.

—Pues ya no puedes elegir.

—Es curioso… Siempre que estaba en peligro, una voz secreta parecía advertirme. Me decía: «¡Cuidado, Philby!». Pero esta vez la alarma ha fallado. ¿Qué vas a hacer? ¿Matarme tú?

—Podría hacerlo, pero antes quiero que veas algo. Te llevarás una bonita sorpresa.

Y ordenó con voz silbante:

—Puedes volverte.

Philby se volvió. Oía chirriar la polea, señal evidente de que alguien estaba descendiendo.

Y realmente, Philby se llevó una sorpresa. ¡Vaya si se la llevó! Porque la persona que descendía, sujeta a la cuerda, mientras alguien la ayudaba desde arriba, era…

¡Lorena Kruger!

Philby quedó paralizado. Por unos momentos, no solamente no supo qué decir, sino que tampoco supo qué pensar.

Pero los acontecimientos se estaban precipitando. No sólo era Lorena la que había descendido. Unos segundos después, y con una agilidad pasmosa, resbalando por las cuerdas, se presentaban en el túnel dos hombres más. Los dos iban armados con revólveres, con los que inmediatamente apuntaron a Philby.

Pero éste ni siquiera se dio cuenta. Sólo tenía ojos para mirar a Lorena. Su expresión era la de un hombre que no cree lo que está viendo.

—Tú también… —balbució.

—Yo también. Pero yo no soy el jefe.

—¿Quién es, entonces?

—Gordon.

Philby cerró un momento los ojos. Recordaba perfectamente a Gordon, que estaba reclamado, y del cual había hablado antes con el *sheriff* de la ciudad. Gordon, sabiendo que no podría atracar jamás a la descubierta el carro blindado, había encontrado otro medio para apoderarse del oro. Y la verdad era que este medio tenía muy pocas probabilidades de fallar.

La expresión de Lorena no era alegre. Por el contrario, diríase que la avergonzaba encontrarse así, tener que dar la cara ante el hombre a quien había engañado hasta entonces.

Con voz que era apenas un murmullo, explicó:

—Viendo este túnel, ya habrás comprendido cuál es nuestro propósito: Llegar hasta el sótano del Banco, donde esta noche aún estará todo el dinero, y apoderarnos de él en menos de una hora, sin que nadie se de cuenta. En realidad, sólo nos falta excavar menos de una yarda. Esta noche lo habremos resuelto todo.

Philby la escuchaba en silencio, con las facciones levemente crispadas.

—Naturalmente, para que nadie nos estorbara en este trabajo, yo necesitaba que el saloon continuara siendo mío —prosiguió ella—, pero mis deudas eran muy grandes. Precisamente, entré en este asunto para salir de apuros, de una vez para siempre. A causa de esas deudas, el juez ordenó que el local saliera a subasta antes de la fecha que nosotros habíamos calculado. Desde un tiempo antes, el local ya estaba cerrado, claro, porque de lo contrario no hubiésemos podido trabajar por las noches, abriendo los túneles. Entonces, para que el local siguiera siendo mío, o al menos del grupo, los pistoleros de la organización amenazaron discretamente a todos los que hubieran podido tener un cierto interés en acudir a la subasta. Les advirtieron que podían ir, pero no pujar más allá de los cuatro mil dólares. Por ese precio tenía que quedárselo, como mejor postor, un pistolero llamado Flosy.

—Al que yo maté el primer día de llegar aquí —dijo Philby, recordándolo todo—. Por poco, me hacen caer en una trampa en el saloon.

—La razón fue sencilla —siguió diciendo Lorena, con voz tenue—. El banquero Donald tenía mucho interés en quedarse con el local, y a ése no le hubiéramos intimidado, de ningún modo. Por eso le enviamos un falso telegrama desde Albuquerque, proponiéndole un negocio fabuloso, y que requería su presencia urgente. Él salió a toda prisa, y así le eliminábamos de la subasta. Pero el mismo día en que había de celebrarse, llegaste tú. Flosy te vio tirar cuando mataste a aquel individuo llamado Rouss, y comprendió que eras muy peligroso. No sé por qué, se le metió en la cabeza que Donald se había enterado a última hora de la combinación, y te enviaba a ti para acudir a la subasta y llevarte el local en su nombre. Entonces, ideó matarte por la espalda, para lo cual se puso en contacto con aquella muchacha. Pero Flosy fue quien murió, y no tú. Resultó que verdaderamente pensabas acudir a la subasta, pero por tu cuenta y no por la de Donald. Entonces ya no hubo tiempo de advertir a los otros, que no se atrevieron a pasar de los cuatro mil dólares, según la consigna recibida. Por eso te lo quedaste tú por un precio tan irrisorio.

Philby afirmó con un leve movimiento de cabeza.

—Realmente, me extrañaron tantas facilidades —dijo—. Debí haber comprendido que las gangas no vienen solas.

—A partir de ese momento, había que quitarte de en medio o conseguir que volvieras a vender el saloon —siguió diciendo ella, sin hacer caso de la breve interrupción—, y a ello se encaminaron los esfuerzos de la banda. Pero has logrado salir triunfante de todo… hasta ahora.

Philby apretó los labios.

Se daba cuenta de que ya era tarde para todo. Se daba cuenta de que iba a morir.

—Pero pudieron haberme matado antes —susurró—. Por ejemplo, cuando estaba en aquella cabaña que iba a ser incendiada… ¿Quién me salvó? ¿Y por qué?

—Te salvé yo —dijo Lorena suavemente, evitando mirarle—, pero no lo hice por ti, sino por mi hijo.

Si Philby había creído llegar ya al límite del asombro, ahora se dio cuenta de que estaba sencillamente empezando. Nunca hubiera podido imaginar aquello. ¡Tuck era hijo de Lorena Kruger! ¡Dios santo! ¡Tenía que haber sido ella también quien le salvó de morir a manos de aquella bestia humana llamada Charlie, cuyo cuerpo había desaparecido! ¡Menuda muerte debió tener, si ni siquiera su cadáver se encontraba!

Philby ignoraba aún lo horrible que fue aquella muerte. Ignoraba que su cuerpo hubo que partirlo en dos pedazos para arrancarlo de las fauces de la serpiente, que tragó una parte, razón por la cual aún no habían podido exhibirla en el circo. Pero el dinero pagado por Lorena había bastado para compensar al dueño del repulsivo reptil.

Fue Lorena la que murmuró:

—Ahora ya sabes bastante. En realidad, no necesitabas saber nada, pero quizá así mueras más tranquilo. ¡Y basta ya de charla! ¡Acabad con él!

Aquellas palabras no eran sólo una sentencia de muerte, sino una orden de ejecución.

Tres revólveres estaban apuntando a John. Y los tres dispararon a la vez.

Pero Philby ya no estaba en el mismo sitio cuando las balas arañaron el aire.

Tenía una sola ventaja, y era conocer exactamente la situación de sus enemigos. También supo en qué momento iban a disparar,

puesto que Lorena había dado la orden.

Un hombre menos ágil que él hubiera fracasado en aquel desesperado intento. Pero Philby logró arrojarse a tierra unas décimas de segundo antes de que las balas buscaran su cuerpo.

Dos de los tiradores quedaron inicialmente sorprendidos, sin saber cómo reaccionar en los primeros segundos. Otro, en cambio, se adelantó un paso, apuntando hacia el suelo, mientras gritaba:

—¡Maldito!…

Philby empleó entonces la única treta de que había podido hacer uso. Cuando le ordenaron apoyarse en la pared con las manos en alto, había arañado tierra con sus dos manos, y ahora tenía llenas las dos. Arrojó un puñado a los ojos de su enemigo.

Éste se contrajo y desvió el revólver. La bala sólo rozó a Philby. Con los ojos cegados, aquel primer enemigo tapó por unos segundos el campo de tiro del compañero que estaba tras él. Hubo otro que se adelantó, pero éste también recibió tierra en los ojos.

Lanzó una salvaje maldición.

Philby, mientras tanto, ya había dado un salto. Su agilidad siempre había sido pasmosa, pero en este caso, además, estaba multiplicada por el hecho de que un solo fallo le costaría la piel.

Logró sujetar la mano armada del único enemigo que en este instante estaba en condiciones de tirar contra él. Hizo un quiebro con su cuerpo, y volteó a su enemigo.

Éste dio una vuelta de campana incompleta, porque sus pies chocaron contra el techo. Cayó pesadamente, enviando sobre todos los que estaban allí una lluvia de tierra. Lorena chilló, creyendo que aquello iba a derrumbarse.

Instantáneamente, se dio cuenta de que las cosas no estaban tan seguras como parecían unos segundos antes. Podían cambiar por completo, y entonces sería ella la que perdería la piel.

Optó por la huida.

Corrió velozmente hacia las cuerdas, con ánimo de trepar por ellas.

Había otra salida, desde luego, pero ahora no tenía medios para llegar hasta ella, sin cruzarse en el camino de las balas.

Mientras tanto, el hombre que acababa de caer había tenido que soltar el revólver. Puso el pie para tratar de evitar que lo sujetara Philby.

Pero éste había sido más rápido. Le bastó tocarlo solo con los dedos y disparar sin levantarlo del suelo. El enemigo que estaba caído ante él tuvo un estremecimiento.

John se recostó en la pared, con el brazo derecho contraído y el revólver apoyado en el cuerpo. Disparó dos veces.

Tenía dos enemigos ante él, distanciados solamente por la reducida anchura del túnel. Prácticamente, estaban encima de él y era difícil fallar, pero Philby sólo alcanzó a uno, dado lo violento de su postura. El otro, que aún se frotaba los ojos, echó a correr túnel abajo, hacia las sombras, mientras disparaba locamente detrás de él intentando cubrirse como fuera.

Philby disparó también otras dos veces. Su enemigo había cometido un grave error al huir, y los errores se pagan caros. Fue alcanzado en un flanco y cayó. Desde allí siguió disparando a ciegas, sin apuntar, dominado por su propio pánico, y sin comprender que los fogonazos le delataban entre las tinieblas. A Philby le bastó con apuntar bien y disparar una sola vez.

En torno suyo se hizo el silencio. Sólo el extraño eco de los disparos repercutía lúgubremente en el túnel.

Eso y el chirrido de la polea.

Lorena Kruger estaba intentado huir. Poco experta en aquella clase de ejercicios, el esfuerzo resultaba terrible para ella, Pero la desesperación le daba nuevas energías, y ya estaba a punto de llegar arriba.

El panorama que ofrecían sus piernas era cautivador, por no decir algo más. Pero Philby no tenía tiempo de fijarse en eso, ahora.

Guardó el revólver en su funda, tras recargarlo presurosamente, y subió a su vez.

Lorena había obtenido sobre él una ventaja que no era despreciable. Ahora trataba de entrar por la falsa ventana, y llegar hasta el pasillo del saloon.

Philby gritó:

—¡Detente! ¡No voy a matarte! ¡Sólo quiero que lo expliques todo ante el *sheriff*!

Ella no contestó.

Jadeaba.

Sólo cuando estuvo arriba, en el saloon, pudo murmurar trabajosamente:

—Si yo muero, nadie cuidará de Tuck… Él es hijo de un canalla que me engañó y, además, consiguió llevárselo, abandonándolo luego… Buscarlo y dar con él ha sido la misión de mi vida… Pero no me atrevía a decírselo, ni siquiera a hablarle… Quería tener dinero, mucho dinero para él, para que su vida fuera hermosa…

—¡Lorena! ¡Yo hablaré con él! ¡Entrégate! ¡Nadie piensa matarte, estúpida!

—Tengo… que huir… Si llego a hablar ante el *sheriff*… todos lo sabrán. Y él se enterará… de… lo que hizo su madre…

Philby subía con gran agilidad. Sus facciones se contrajeron cuando gritó otra vez:

—¡Aguarda! ¡No quiero disparar sobre ti, Lorena!

Pasó por la falsa ventana. Ella ya salía del saloon.

Fueron uno tras otro. Philby no corría, porque no necesitaba hacerlo mientras no perdiera de vista a la mujer. Ella avanzaba agitadamente.

Parecía querer buscar ayuda en alguien, alguien que la comprendería y ayudaría a huir.

Philby no comprendía adonde podía dirigirse.

¿Quién le ayudaría, en aquella situación? ¿Dónde estaba Gordon, jefe de toda la maquinación?

Lorena Kruger atravesó la calle principal.

Enfrente de ella estaba el balcón más llamativo de la ciudad entera. Era el balcón de la mejor sastrería de Santa Fe.

Lorena entró en el edificio.

Respiraba agitadamente. Paseó su mirada por el local, donde no parecía haber nadie.

—¡Gordon! —llamó—. ¡Gordon!

No se dio cuenta de que Gordon la estaba viendo.

La gran habitación que daba a la calle se encontraba vacía, o al menos eso le hubiera parecido a cualquiera que llegase. Lorena, confundida, miró a un lado y otro.

Se acercó a los cristales que separaban la habitación de la calle.

No vio a Philby, por la sencilla razón de que éste ya se había pegado a la fachada, disponiéndose a entrar.

Lorena permaneció unos momentos pegada a los cristales.

No veía los ojos que estaban clavados a su espalda, mirándola fijamente. No veía su brillo diabólico, su fijeza asesina.

No notó nada, no supo que iba a morir.

Hasta que, de repente, sintió aquella cosa fina clavándose en su nuca. Hasta que el dolor penetró en ella, en su mente, en sus nervios.

Giró sobre sí misma.

Sus ojos estaban desorbitados, sus facciones desencajadas habían adquirido, de repente, una palidez cerúlea.

La aguja envenenada acababa de penetrar en su nuca.

Al girar sobre sí misma, mientras sus rodillas se doblaban, vio el maniquí que estaba tras ella. Un maniquí que representaba a un hombre en tamaño natural, vestido con pantalones grises y levita negra, el cual llevaba, para que no le faltase detalle, un cigarro de imitación en la boca.

Lorena Kruger nunca llegó a saber que aquel cigarro era una cerbatana, en realidad, y que bastaba un soplido para que disparase la aguja envenenada. No llegó a saber que aquel maniquí se abría por la mitad, mediante un hábil dispositivo, y que un hombre podía ocultarse en él, entrando por la parte posterior del mismo, sin que le vieran desde la calle.

No, Lorena no llegó a ver nada de eso.

Sólo cayó de bruces, con las facciones patéticamente crispadas, mientras susurraba con sus últimas fuerzas:

—Tuck…

Pero si Lorena no llegó a ver nada, el hombre que había entrado en el local tras ella, sí que lo vio.

Y disparó fríamente su revólver.

Una, dos, tres… Seis balas.

La carga completa. El maniquí continuaba quieto, sonriendo estúpidamente, tal como lo habían pintado, cuando fue construido. Pero instantes después, alguien diría, desde la calle:

—¡Qué extraño! ¡Un maniquí que despide sangre!

Mientras tanto, Philby ya se dirigía hacia la casa de Judith, caminando por la parte trasera de las calles. Necesitaba hablar con Tuck, y necesitaba también hablar con Judith. Eso último, desde luego, era muy peligroso.

¿Quién puede decir cómo acabarán las cosas para un hombre, cuando habla demasiadas veces con una mujer?

Mal, seguramente.

Por eso una voz le gritó en su interior:
—¡Cuidado, Philby!
Pero esta vez Philby no hizo caso.
Y se metió en el lío, de lleno.

FIN